

**POSTALES PARA CIEGOS, Y OTROS RELATOS.**

*Japeto*

## POSTALES PARA CIEGOS

La vi inclinarse frente a la grabadora –mientras cambiaba la cinta ni una mueca, ni un músculo en su rostro revelaba reproche alguno, pero tampoco se permitía una sonrisa que suavizara la brusquedad del gesto: era obvio que mi extravagancia de escuchar a Chico Buarque comenzaba a ahogarla- y aproveché para observar desde atrás ese cabello lustroso que llamaba la atención sin necesidad del ridículo: ni corto a lo recluta ni largo a lo Rapunzel.

Así resulta fácil fusionar este instante con aquel otro recuerdo, el de nuestro primer intercambio de miradas y palabras en *El Anticuario Dickens*. Ella, rodeada de papel impreso, era emperatriz en un reino de libros. También me daba la espalda y la elegancia de su cuello apenas conseguía insinuarse tras ese pelo lustroso. La observé abstraída en la lectura de un texto que –yo adivinaba- estaba en inglés. Una minotaura en su laberinto. Sonreí para mí.

-Quemé mis navíos –y reemplazó oficialmente a Buarque por un artista de su propio terruño, de aquellos que cantan *rock* y *pop* en ese idioma casi ininteligible. Me costó un par de segundos salir de mis ensoñaciones y entender la referencia. Ella ya estaba camino a la cocina, ahogando –reprimiendo- en su boca un gesto que ahora podía ser una sonrisa, y disfruté siguiéndola con la mirada.

La primera vez que intercambiamos sonrisas fue aquella misma ocasión en que compartimos miradas y palabras en *El Anticuario Dickens*. Me daba las espaldas, pero pude reconocer a la Minotaura: la había visto en mi clase de Literatura española. No mucha gente de intercambio va a esa clase – requiere un dominio especial del idioma y los extranjeros suelen optar por materias más relajadas-. Durante unos veinte minutos mantuve cierta distancia para observar con disimulo los libros que elegía para hojear. No me decepcionó.

-No te olvides qué día es hoy –volvió de la cocina y antes de ir al cuarto de baño me dio un beso corto, seco. Como confesarle (no me habría creído) que justo

pensaba en nuestro primer acercamiento, en ese delicioso tanteo de amor en medio de un océano de volúmenes y obras gastadas-. ¿Vamos al cine?

-Mejor a cenar.

Bamboleó las pestañas a lo Dietrich en *El ángel azul* (el cine en blanco y negro era otro de nuestros puntos de unión) como esperando algo más.

-La cena es suficiente para mi presupuesto -mentí. Tenía en mente un libro, pero seguro ella adivinaba mis intenciones.

-Yo te voy a escribir una carta.

Esa, en cambio, no era ninguna sorpresa. La costumbre surgió gradualmente, y tenía vínculo con nuestro primer encuentro, aquel en que, embelesado, la estuve observando a la distancia. Dicen que el Minotauro cretense era un ser único. Lo mismo ocurría con esta otra Minotaura, la gringa, aunque sin cuernos ni cola de vaca lo que la hacía diferente era más difícil de abstraer. Pero al poco yo ya estaba cansado de mi inútil juego de detectives y decidido a concentrar mi atención en los libros que me rodeaban. En medio de ese mar de papel encontré a un náufrago con cubierta azul: un conjunto de traducciones de cuentos latinoamericanos al idioma de los bardos. Por un error de inventario, o quizá era culpa de algún lector negligente, el ejemplar estaba en la sección equivocada.

Lo abrí para toparme con una postal. La tomé entre los dedos, extrañado: justo en medio del relato al inglés de *Cartas de mamá*. Como *El Anticuario Dickens* compra textos de segunda mano y los vende a precios para estudiantes (se trata de nuestra casa de abastecimiento literario) es frecuente descubrir en sus entrañas la huella de los antiguos dueños: dedicatorias, líneas subrayadas o comentarios al margen. Pero era la primera vez que yo daba con una postal.

La leí. Había sido escrita por un tal Randi (Dios sabe si este nombre es de varón o de muchacha) para una Ann Kristin Bjørke (así, con esa "ø": un melón sacrificado con una daga) que vivía en Noruega. Randi, curiosamente, escribía en español ("para practicar", decía en una de sus líneas). La postal mostraba una pintura que no era sudamericana. Confirmé mi impresión tras revisar la estampilla

y, sobre todo, leer la escueta explicación tipográfica en idioma anglosajón: el cuadro colgaba en el Museo Nacional de Belgrado.

-Así que este libro viene con sorpresa

Me sacó de mis reflexiones con brusquedad. Necesité de un par de segundos para volver al laberinto –y digerir la referencia, tal y como me pasaría semanas después con su comentario sobre Chico Buarque; tal y como me pasaría tan seguido con ella, en esos casos en que o no sonreía o sonreía a medias, y la gravedad de su rostro contrastaba con la ligereza y el tono juguetón de sus palabras-. Supongo que me sonrojé, y asentí. Ella se presentó (*Frances*, dijo. Y ese nombre me dará caza mientras viva). Tuvo la buena idea de recordarme que éramos compañeros en las clases de Literatura española. Volví a asentir, pero ahora con la firme decisión de ser más locuaz.

-¿Qué libro es? –señalé al que llevaba en sus manos: un volumen grueso, color marfil. Me lo alargó.

-De esta colección ya he leído algunos, pero lo voy a comprar –fue su anuncio-. *La casa de Asterión* es hasta ahora mi favorito.

*La casa de Asterión* repetí sin disimular mi complacencia. Si ese encuentro entre ella y yo hubiese resultado literatura (mero martilleo de palabras) y la vida de Frances hubiese sido masa de pura fábula, no habría sabido catalogarlo si como ejemplo de lo extraño cotidiano o directamente de lo fantástico. Pero era la vida real, así que quise interpretar mi fortuna como una señal del cielo. *El cuento dice que Asterión no sabe leer*, le recordé, *y que lo lamenta porque en su laberinto las noches son largas*.

Sonreímos ambos. Esa fue la primera vez.

Nos amamos siete noches más tarde (ella fue la primera que me vio desnudo: *sin un mísero trapo para cubrir mis huesos flacos*, confesé yo. *Sin un libro colgándote de la mano*, dijo ella, entre risas. *Sin la mochila en tu espalda, burro cargado de sabiduría muda*, completó ). Me trasladé oficialmente a su departamento (en el mío se armó un Bagdad: *¿desde cuándo el niño vive con la novia?*, aullaban a la luna tierna. *Desde que tengo 22 años*, respondía más para mis adentros. Tampoco era para volverse un

contestatorio: mis padres sufragaron los gastos universitarios y financiaban esos meses la tesis).

Aquel día que empezó con una cinta reemplazada de Chico Buarque y con un recordatorio de mi minotaura sobre la trascendencia de la fecha, terminó como yo había sugerido: en una cena. En el intermedio, Frances había asistido a las clases de Literatura española (allá ya no podían contar con mi presencia: estaba metido de lleno en la redacción de mi trabajo final), y entiendo que ella leía algo de la antología de cuentos latinoamericanos en inglés (aquella de la postal de Belgrado; Frances se guardaba sus comentarios sobre los textos). Yo, mientras, había visitado a mis padres con un bulto de ropa sucia.

*La madre de Isabela Casante me dio su teléfono. Quiere que la llames*, soltó Frances, casi como si nada, catando un sorbo de vino barato. Exhalé con frustración, harto de este tema ponzoñoso, que no me dejaba en paz ni en nuestra celebración – mensual–de aniversario. *La señora ni siquiera vive en el país. Le dije que no podía darle tu número sin tu permiso. Me dio el suyo. Estuvo aquí por tres días y ya se iba hoy.* Frances, al tanto de que la situación me provocaba arcadas, me tomó de la mano. *Es una mujer muy simpática. Le fascinó que yo fuera gringa.* Y no dijo más nada. Pero no me perdí en la lectura de sus ojos. Gritaban: *anda, habla con ella.*

Isabel Casante, a quien yo no había llegado a conocer bien, era una chica del paralelo B. Como yo, tomaba el curso de Literatura española por puro deporte: ya había completado los créditos académicos para empezar la tesis. Un par de meses antes ella y otros chicos habían ido de vacaciones al litoral y en una de esas madrugadas, un poco borrachos –según la versión extraoficial–, se habían metido al río, y a Isabel la corriente se la había llevado. Dieron con su cuerpo irreconocible casi cuatro días más tarde. La madre vive en el extranjero y tuvo que venir de inmediato. Según me contaron, fue ella la que pidió los exámenes de ADN. A pesar de la ropa se resistía a aceptar que ese cuerpo hinchado y sin dos dientes –habrá chocado contra las rocas– fuera su hija. Estaba segura de que había un malentendido, de que su hija se encontraba viva, quizá vagando entre la maleza, en

estado de confusión. Pero la verdad es una sola, y las pruebas de aquel universo desconocido de ácidos, moléculas y genética la confirmaron.

El Consejo de la Facultad tomó algunas decisiones. De esto puedo –y prefiero- hablar con cierto detalle, pues estuve presente como delegado estudiantil (somos cuatro con ese estatus; están también los representantes docentes, además del decano). Se ordenaron flores para el entierro y una esquila en el periódico. Hasta ahí, todo se manejaba con cordura. Pero uno de los profesores, una semana más tarde, sugirió darle a Isabel el título *post-mortem* de licenciada.

Recuerdo que cuando me lo contaron yo estaba en el puesto de cervezas del vecino chileno, frente a la facultad. La noticia me congeló la mano, y el vaso quedó a medio camino entre la mesa y mi boca. *Repíttemelo*, se lo pedí a mi amigo, con calma. Y el vaso volvió a la mesa, sin cumplir su función, su viaje final -ese destino de péndulo para el cual ha sido concebido-. El título de licenciado se obtiene después de terminar la tesis. El proceso de escribirla empieza con la presentación de un plan que la mayoría de veces es rechazado en dos o tres ocasiones. Después viene la presentación por capítulos, la gastritis, las reuniones con el director, las pulidas y repulidas de páginas, el insomnio, la aprobación del conjunto, las gotitas de valeriana y la defensa oral. Es un proceso que, con disciplina y perseverancia, lleva de enero a diciembre, aunque el frío promedio diga que los estudiantes tardan entre 2 ó 3 años. E Isabel ni siquiera había recibido la aprobación de su plan.

La sugerencia del profesor era *sui generis*, y los cuchicheos se tomaron con rapidez los corredores. Antes de discutirse en el Consejo, alcanzó los oídos de la familia de Isabel. Pero esas eran palabras al aire. Sin respaldo, sin registro concreto, hirientes a su modo. Yo me concentraba en palabras plasmadas en papel: en los textos de lectura de mi tesis, en las cartas de mi minotaura. Habíamos descubierto Frances y yo, desde el inicio de nuestra convivencia, de que la mejor estrategia para comunicarnos era por escrito. Así que cuando nacía algún problema (surgieron un par de asuntos más o menos delicados) lo incluíamos en nuestras misivas. Intercambiábamos al menos dos por semana, aunque vivíamos bajo el mismo

techo. Ella dejaba algo para mí bajo la azucarera (conocía mi apego al té dulzón), y si yo tenía algo para ella se lo dejaba bajo la almohada. El tiempo se volvía corto, pero la vida diaria dejaba en mi ánimo cierto dejo de solidez, de sustancialidad. Durante aquellos días permanecía embelesado al admirar la figura de Frances en la cama, leyendo boca abajo. Era lo que más contaba en mi pequeño universo.

Tomó algunos días antes de que empezara a sondear a mis compañeros: había una mayoría a favor de otorgarle el título a la pobre Isabel, minúsculo reconocimiento a sus aptitudes académicas y pequeño consuelo para su familia. Había otra banda, más reducida en número, que privadamente me contaba su escepticismo. Y yo sentía un cosquilleo cada vez que escuchaba esa causa dicha a media voz. Frances apoyaba a los primeros. Para ella era un acto de humanidad. Para mí, en principio, uno de injusticia. Y mi postura, que comenzó a causar urticaria en los pasillos de la facultad, consiguió llegar a los oídos de la familia de Isabel. Un tío ya había preguntando por mí. Después, un primo. Ahora era la madre.

En los siguientes días tras la cena de aniversario me mantuve encarando *rounds* continuos con mi tesis. Frances trataba de no interrumpirme y proseguía con su lectura del texto de la cubierta azul, el de cuentos de América Latina. La veía usar la postal como separador de páginas. Mientras mi rutina me obligaba a visitar en varias ocasiones la biblioteca universitaria y a algunos profesores en sus oficinas. Junto a un par de ellos reflexioné sobre el caso de Isabel. Con algunos compañeros, otras tardes, tomábamos una cerveza como excusa para rumiar libremente sobre las dificultades de nuestras investigaciones.

Y cierto día la secretaria de la Facultad me llamó aparte y me alargó un papel doblado (que yo enviaría a la basura sin abrir un instante después): *Se contactó conmigo la madre de Isabel Casante. Aquí está su correo electrónico. Dijo que si era mejor para ti, puedes escribirle.* Apenas atiné a asentir, marchándome de inmediato y pensando que alguien le habría soplado a la señora mi predilección por expresarme en lenguaje escrito. El Consejo iba a debatir sobre la licenciatura de Isabel dos semanas más tarde y yo

sentía solo confusión. Un estado de similar al de leer un libro bajo el influjo de la fatiga acumulada, lo que me ocurría a mí acad noche con aquello de la tesis, cuando el esfuerzo por comprender se desvanece a pesar del mar de café en el que uno ha tratado de ahogarse (un fuego fatuo de bote salvavidas). Curiosa sensación, aunque vinculada a Isabel era más consistente y aprensiva.

Pero con Frances aquellas jornadas fueron especialmente felices. No puedo decir que cada día era una experiencia nueva o el degustar de un vino distinto. Teníamos nuestros hábitos (escribirnos cartas, respetar nuestros espacios durante las horas de lectura, escuchar cintas al empezar el día), pero no solo nos acostumbremos, los aceptamos con regocijo. El caso de Isabel de a poco terminaba en segundo plano y apenas lo mencionamos el día mismo de la reunión.

Fue aquel mismo día cuando conocí a la madre de Isabel. Una mujer castaña, bajita, que se había arreglado con cuidadosa dignidad. Se parecía mucho a la difunta: será por eso que me estremecí al darle la mano. Intercambiamos impresiones por un par de minutos. Y durante la sesión, el Consejo incluso le cedió la palabra.

Mi recuerdo de aquel día no incluye ni sangre, ni gritos ni crujir de dientes. Eso sí, hubo sus momentos algo dramáticos (sobre todo cuando la madre leyó su discurso) además de algún comentario sentimental, burdo, de cierto docente que trabajaba a medio tiempo, y la mención fuera de lugar de algún otro.

Yo no hablé mucho. La verdad, lo poco que tenía que decir lo reservaba para el final. Me vi obligado a advertir al Consejo que conceder una licenciatura *post-mortem* no sólo carecía de precedente alguno, sino que seguramente era ilegal. Recordé que cualquier indicio de ilegalidad debía ser remitido obligatoriamente al Tribunal Universitario.

Al final de la sesión, Frances se acercó en silencio (el Consejo había sesionado en audiencia pública, y ella había estado presente) solo para mirarme como si fuéramos unos desconocidos. Observé a mi minotaura primero con diversión, después con inquietud: escarbaba una pregunta con sus ojos. Escarbaba

en mí y parecía no encontrar nada. *¿Qué?*, solté, algo insolente. Pero permaneció igual, callada. Insistía en mirarme como a un forastero. Creo que en mis ojos no halló lo que buscaba. O supuso que era imprudente escarbar más, no sé. Tal vez imaginó que no había gracia en perderse en mi laberinto, que no valía la pena llevar la madeja y vagar de un galería a otra.

Cómo hubiera deseado que me escribiese una carta sobre lo que entonces pasó por su mente.

\*\*\*

Ocurrió ayer por la noche cuando estaba acostado, con la televisión encendida solo para matar el tiempo- tal y como ha sido el hábito impuesto por esta vacuidad de los últimos meses-. Decidí dar paz al control remoto tras toparme con un programa de documentales. Y el que mostraron era sobre un criminal en serie –estadounidense, contemporáneo-. Un tipo cuyo delito más notorio había sido el secuestro de una familia de tres (padres con un pequeño hijo), a quienes mantuvo como rehenes durante el lapso de una semana, en el cual había filmado un ritual de tortura y muerte.

El atacante había sido arrestado en Canadá. Pero por causa de una ley, Canadá no podía deportar a ningún ciudadano a Estados Unidos si el posible castigo era la pena capital. Estados Unidos había recurrido a algunos trucos formales para conseguir la extradición del asesino. Éste llevaba ya algunos años en el corredor de la muerte y su fin era próximo.

Apenas finalizó el documental fui asaltado por un ataque de pánico. Ha sido el primero de mi vida. Me puse de pie y comencé a caminar de un lado a otro de mi diminuta habitación, búnker estudiantil, poseído por un demonio, un miedo sin riendas. Mi respiración, una loca desquiciada, no me pertenecía; mis manos se cerraban y abrían a su libre albedrío, desbocadas. Así deben sentir quienes son empujados al océano sin saber nadar.

¿Y por qué el terror fue mi huésped? Por un torpe pensamiento irracional. Por un recuerdo. Una vez, mientras vivíamos juntos, encontré a mi ex novia Frances escribiendo una carta.

-¿Otra para mí? –inquirí ilusionado.

-No – levantó la vista, y supe que no mentía, que era algo serio-. Ayer fueron a la universidad unos chicos de derechos humanos. Nos hablaron de la pena de muerte en mi país y al final nos dieron una lista de prisioneros y sus cárceles.

-¿Le escribes a un desconocido? –me sorprendí. Nos dieron información básica de cada uno –lo dijo casi disculpándose-. Dónde nacieron o lo que estudian o hacen en la cárcel, y sobre todo si hay alguna irregularidad en sus procesos. Uno de estos tipos fue arrestado en Canadá y deportado a Estados Unidos para enfrentar la pena de muerte, a pesar de que existía una ley en contra. Yo le escribo para decirle que no sé qué crimen cometió, ni me importa. Solo quiero darle ánimos y asegurarle que lo trataron injustamente.

Eso fue todo. No volví a escuchar de Frances ni una sola palabra sobre el asunto. No sé lo que escribió en esa carta. No sé tampoco si la dirección del remitente incluía su calle y número en los Estados Unidos. Ni siquiera sé si era el mismo delincuente que aparecía en el documental.

Pero me acuchilló la angustia. *¿Y si era el mismo?* Y fue ahí cuando de un salto me levanté de la cama y me puse a caminar sin control. Imaginé cierto extremo oscuro: que ambos aún mantenían correspondencia. Esa foto mental me estrangulaba: veía a ese miserable recibiendo las cartas de Frances, y a ella leyendo las respuestas con satisfacción, y hasta con algo de ternura. Y yo sin nada. Sin un renglón suyo desde hacía tantos meses. A pesar de todo el papel que había gastado en ella (los sobres que con el pasar de las semanas se volvieron más y más delgados -no era agradable escribir a alguien sin recibir respuesta-). Tantas veces tratando de explicarle algo que ni yo mismo creía: que aún podíamos ser amigos. Que solamente quería saber si estaba bien o no. Que por favor me dijera algo.

Y hasta había roto nuestro antiguo pacto a la aversión tecnológica. Hace algunas semanas encontré su dirección electrónica en el internet, y le escribí un mensaje. De esta aventurilla ciberespacial aún espero respuesta.

Luego del susodicho ataque de pánico supe que no podría conciliar el sueño. Necesitaba tranquilizarme pero no quería llamar a mis padres, ni a nadie en mi país. En éste, en cambio, tengo pocos conocidos (aunque Frances esté tan lejos y tan cerca) y me hubiera avergonzado despertarlos. Me gustaría que Frances me escribiera. A veces mi mente parece perderse y las noches son largas.

Para matar el insomnio, abrí mi caja de zapatos y me puse a revisar fotografías y cartas. Esto es lo único valioso que me he traído conmigo, junto con algunos textos de *El Anticuario Dickens*. Me dijeron que el dinero de la beca me alcanzaría para todos los libros del pensum y hasta para comprarme ropa. Mañana, lunes, voy a comprarme uno de esos cursos de idioma con discos. Me gustaría hablar un poco mejor el inglés, así sería más fácil hacer amigos.

Y lo inesperado empezó a tomar forma, gradualmente, hoy por la mañana, mientras proseguía mi lectura de viejas cartas, la mayoría relacionadas con Frances. Recordaba su rostro en esas fotos que, a Dios gracias, no tienen el color sepia que haría de este recuerdo más ajeno y doloroso. Cuando me incorporé para buscar en el estante algún libro que exorcizara los fantasmas del pasado, mis ojos aterrizaron suavemente sobre un naufrago con cubierta azul. Un conjunto de traducciones de cuentos latinoamericanos al idioma de los bardos. *Coincidencia*, pensé. Era el único libro en inglés que había comprado en *El Anticuario Dickens*. Había empacado al texto para que me acompañara en mi exilio voluntario. Era una muda compañía, porque no lo había abierto en meses. De hecho, la única vez había sido la primera: aquella en el laberinto de la tienda de libros, cuando hablé con mi minotaura. Cuando la postal estaba junto al cuento *Cartas de mamá*.

¿Seguiría todavía en el libro?

Lo abrí, ansioso. La postal descansaba en su interior, abrazada por las dos últimas páginas de la antología. Frances había leído íntegro el texto, entonces.

Sonreí tristemente al descubrir que no habíamos tenido ni tiempo de comentarlo. Tomé la postal entre mis dedos y, con perplejidad, con miedo –¿Tal vez a lo desconocido? ¿Tal vez al ridículo de la malinterpretación? ¿De la impaciencia?-, y al fin, con emoción, hallé una pequeña variante. Junto a la firma de Randi, ahora estaba un número de teléfono. Era la letra de Frances. El número empezaba con 1 (que es del discado directo a los Estados Unidos) y seguía con 210 (que es de San Antonio, de dónde son ella y sus padres).

¿Qué hacía allí su número? Ésta no podía ser una coincidencia. Era una señal del cielo. Tenía que hablar con Frances. Y con esa consigna en la cabeza hoy, nueve de la mañana, fui a un teléfono público. Me dije que no le sorprendería escucharme: ella bien sabía que ahora yo estudiaba una maestría en Estados Unidos (eso, claro, en el supuesto de que hubiese leído mis cartas y mi último – y único- correo electrónico).

Pero tal vez no. Tal vez Frances quemaba mis cartas sin abrirlas, y escupía y apaleaba las cenizas antes de echarlas al inodoro. Tal vez solo leía con alegría las cartas del otro, de ese habitante del corredor de la muerte.

Temblaba al poner las monedas en el aparato. Temblaba al apretar los números. Y cuando escuché el timbre del otro lado de la línea, me asustó mi carencia de un plan preestablecido, de una excusa razonable. Me aferraba a un simple *bola* y a la suposición de que la charla empezaría a fluir.

-Hello?

Me quedé cortado. Estaba casi seguro de que esa mujer no era Frances. ¿La madre? ¿La hermana? Contuve la respiración pensando que eran mis nervios los que me impedían reconocer su tono, su dicción, su aliento.

-Who is this? –la voz se elevó a un nivel inesperado. Pensé en colgar. Había urgencia en esas palabras, como si aguardara a que yo, desde el otro lado, le confirmara una esperanza. No era Frances, pero por un instante creí reconocer esa voz.

-¿Isabel? –suplicó la mujer, y ya no tuve dudas de quién era – M'hijita, ¿eres tú?

Colgué con violencia, muerto de miedo.

¿Qué hacía su teléfono en la postal? Y escrito de puño y letra de Frances. Vieja idiota. Si Isabel estaba bien muerta. ¡Me dio tanta rabia! Cerré los puños: si tuviera uñas largas, me habrían sangrado las palmas. Me dirigí hacia el parque. Quería golpear los troncos de los árboles hasta despellejarme los nudillos. Vieja estúpida, yo no era el culpable de que su hija borracha se hundiera en el río. De que no hubiera terminado ni el plan de tesis. Quería lanzarme al agua fría, a este pequeño lago artificial que tiene el parque. Con ropa y todo. Yo no era el culpable de nada. De nada.

Y ahora sigo aquí. No me he lanzado aún. Para tranquilizarme me perdí mirando los patos. Eso fue al principio. Hace diez minutos que saqué de la maleta el libro de la cubierta color de náufrago, y desde entonces no dejo de manosear la postal, con mis dedos y con mis ojos. He leído nuevamente lo que Randi le contaba a Ann Kristin. Sus líneas finales dicen: *No olvides escribir, chica. Ya sabes que cuelgo tus postales en la nevera.* Pues parece que Ann Kristin no colgaba las postales de Randi en ningún lado –si no, cómo se explica que ésta apareciera en medio de un libro-. Por un instante tengo el impulso de escribirle a esta Ann Kristin. De preguntarle si se acuerda de Randi. De recordarle que debe contestar a los mensajes desde Belgrado.

Y ahora me doy cuenta de que mis dedos sostienen una postal viva, viajera, que ha estado en los Balcanes, en Escandinavia, en América Latina y ahora en Estados Unidos. Miro al cielo de la postal, de esa pintura de una tal Milena Pavlovic Barilli, un cielo que es ajeno y parece dispuesto a abrirse, a regalar una señal, justo a la derecha, detrás de ese árbol desnudo y solitario, imagen de la muerte lenta, del otoño. El cielo extranjero que ahora me cubre no parece tan abierto a la esperanza. Las nube oscuras se agolpan unas sobre otras. Sigo con la vista esas líneas e imagino un laberinto simple. Me pregunto si dentro de mí hay algo que no puedo descubrir, que no quiero descubrir; ojalá no fuera así, ojalá no ocurriera que tengo

algo tan pequeño, tan insignificante, que tal vez emprender su búsqueda no mereciera el esfuerzo. Como si resultara infructuoso empezar a escarbar, hundirse en los túneles sin espada ni madeja.

## EL SEÑOR DE LOS AGUACEROS

-Es curiosa la forma en que ha nacido nuestra amistad –los cubos de hielo chocaron produciendo un chasquido místico que confirmaban las palabras de don Sancho.

-¿Amistad? –preguntó Torstein, observando descaradamente a aquel hombre que le llevaría una ventaja de no menos veinticinco años; con ese estómago de estirpe acomodada que le sacaría unos quince kilos de diferencia. Don Sancho, aquel sujeto incapaz de disimular su andar cansado y solemne de caballero entregado al dinero. ¿*Amistad?* se habrá repetido a sí mismo Torstein, vertiginosamente, pues al otro lo había visto apenas cuatro o cinco veces en su vida

–No es tan raro –había extendido el silencio, mas se repuso por miedo a haber ofendido a su interlocutor–, después de todo, conozco a su hija.

-¡Ah! ¡Mi chiquita! Tan guapa que es María. Antes de su enfermedad era más guapa aún. ¿Quieres un poco de whisky? –dejó caer un hielo extra en el vaso.

El otro negó con la cabeza y miró el reloj. Sus ojos disimulaban asombro por este insospechado hábito de don Sancho: eran apenas las tres de la tarde.

-Ustedes, los escandinavos, beben aguardiente de papa. ¿Cierto?

Torstein asintió.

-¿Y con café caliente?

-Se llama *karsk*. Lo bebe la gente de Trondheim –y el extranjero echó una mirada a su alrededor: la cocina, aunque de madera reluciente, resultaba poco acogedora. Las sirvientas habrán tenido el día libre: no había ninguna husmeando por ahí. Luego miró a su anfitrión, como esperando que lo invitara a la sala, con sillones más cómodos y pieles de osos de anteojos.

-¡Ajá! Hablas un excelente español para haber vivido aquí solo tres meses.

-Creo que aprendo rápido.

-No crees. Aciertas. Tu pronunciación es perfecta –y se puso a caminar alrededor, con el vaso en la mano, sin ninguna intención aparente de invitarlo al

otro cuarto, aquel de los sillones de terciopelo, las pieles de osos de anteojos y la colección de jarrones-. Y eso es más que bueno, sobre todo en este país rebosante de estúpidos que no saben ni saludar en inglés. Un tipo muy inteligente y bien parecido es mi amigo Torstein.

-Me agradan los cumplidos. Continúe, por favor –pero su sonrisa fue medio recelosa.

-Tu español es demasiado perfecto, según mi opinión. Ese aguardiente de papa debe otorgarles alguna cualidad especial. No sé, quizás reflejos cerebrales – don Sancho se llevó un sorbo a la garganta-. Pero no es de eso de lo que te quería hablar, Torstein –y le puso una mano en el hombro; continuaba de pie, y lo único que cambió fue su tono de voz, ahora algo melancólico-. Quiero hablarte de mi hija, de nuestra amistad, en fin...

Torstein se movió inquieto en su silla.

-Como te iba diciendo, tú y yo tenemos una amistad extraña. Y no es solo porque eres compañero en la clase de mi María. ¡No, no, no! También está lo otro.

-¿Lo otro?

-¿Quieres un pedazo de pan? –don Sancho se movió hacia el mueble de su derecha, extrajo una pieza de centeno y comenzó a rebanarla con un cuchillo casi tan grande como la misma longaniza.

-No, gracias. ¿A qué *otro* se refiere?

-Yo creí que a los escandinavos les gustaba este pan oscuro, que tan mal sabor tiene. Lo otro es la foto, desde luego. La tengo aquí –interrumpió el corte del pan para meterse una mano en el bolsillo y extraer su billetera-. La llevo siempre conmigo. ¿Quieres verla otra vez?

-Claro –la voz de Torstein contenía algo de aburrida resignación. Estiró su mano, cansada también de tomar por enésima vez aquel pedazo de papel doblado y redoblado: la fotocopia de una imagen algo oscura, que incluía además un artículo sobre un suceso del siglo anterior.

Torstein la vio un segundo y quiso regresarla, pero don Sancho movió la cabeza.

-¿No ves que estoy ocupado con el pan? Mírala otra vez. Ese hombre de la foto es tu viva imagen.

Era cierto. La imagen mostraba a un joven de unos veinticinco años, bien parecido, con rasgos de extranjero, mirando cómo las llamas consumían parte del astillero durante el incendio de 1906 en Guayaquil. Se desconocían las causas de la tragedia, según la nota. Siete hombres y siete mujeres muertos y una veintena hospitalizados. El último párrafo añadía un dato adicional: aquella jornada se celebraba el Día de los Bomberos. Casualmente, era también el Día del Astillero.

-Increíble, ¿no? Encontramos a tu doble, que vivió en este mismo país hace más de cien años –otro sorbo, esta vez largo, recorrió la garganta de don Sancho; estaba ahora en la puerta de la cocina, con la espalda apoyada en la jamba-. ¡Qué cosa más extraña! Como nuestra amistad. Yo siempre quise ser bombero, y de joven coleccionaba artículos e historias...

-Y la foto apareció en un libro sobre Guayaquil. Y cuando me vio, se dio cuenta de mi parecido con este joven.

-Te debo tener aburrido contándote la misma historia siempre, Torstein. Perdóname. Me vuelvo viejo. Bueno, tú dirás, este hombre apenas tiene cincuenta, pero las manías se acumulan. Desde que mi mujer falleció me he sentido solo, y ahora con la enfermedad de María... Pero soy un maniático muy inofensivo –sonrió, con bondad sincera-. Solamente no me trates de *usted*. Trátame como a un igual, porque para eso somos amigos -Y se llevó un pedazo de centeno a la boca- Pero debes admitir –cambió su tono de voz y señaló el papel- que el chico de allí es tu viva imagen. Oye, ¡este pan es asqueroso!

-Sí, pero ya le he dicho –Torstein sonrió, tratando de aminorar la inflexión cortante de sus palabras- que nadie de mi familia había pisado nunca este país. Es solo una coincidencia. Tal vez el joven de la foto ni siquiera sea noruego.

-Sí, sí. Tienes razón. Perdóname de nuevo. Es que a veces a uno se le meten ideas en la cabeza... Pero no importa. Como te dije, te llamé porque quería hablar hoy sobre mi María, sobre nuestra amistad. Pero antes –súbitamente dejó el vaso sobre la mesa, abrió uno de los cajones de la cocina, extrajo un jarrón y tomó asiento frente a su invitado-. Antes quiero que veas esto ¡*Voilà!* ¿Qué te parece? Otra manía mía: habrás notado la colección que tengo en la sala. Pues éste ocupará un lugar central. ¿Lo reconoces?

Torstein tomó la vasija entre sus manos y le dio vueltas y revueltas mirándola por todas partes. No era especialmente antigua ni bonita. Tenía dos filas horizontales de dibujos que, en apariencia, contaban una historia. Torstein no encontró la firma del fabricante ni la típica línea *Made in China*.

-¿Por qué debería?

-Es la historia de tu pueblo, Torstein. Deberías retribuirme con palabras bonitas y mostrarte agradecido, que yo solo quiero ser simpático: voy a poner este jarrón en el medio de los otros, como mi posesión más valiosa, y tú ni te mosqueas. Los dibujos narran una historia de la mitología escandinava. Es el cuento de Loke y Balder. ¿Lo recuerdas?

-Recuerdo los nombres, no la historia.

-Permíteme que te la refiera, entonces. Loke, éste que está aquí, tenía sus pequeños poderes sobrenaturales y vivía con los dioses aunque era hijo de un ogro. Una criatura bien parecida, vengativa y bromista. La verdad, un bromista muy cruel. En las antípodas estaba el dios Balder. No era el dios más importante ni el más poderoso, mi querido Torstein, pero sí el más amable y era sin duda más bello que Loke; no solo eso: era el más bello de todos. Y era un dios agradecido. Si alguien le hacía un favor, él sabía cómo pagarlo. Como era un dios terriblemente sabio, todo el mundo lo amaba, excepto el rencoroso Loke.

“Un día, la madre de Balder, la diosa Frigg, soñó que su hijo iba a morir. Entonces viajó por todo el mundo y a cada una de las criaturas que encontraba a su paso les hacía jurar que nunca atacarían a su hijo ni lo dañarían de forma alguna.

Cada una de las criaturas prometió que así lo haría. Todas, excepto una pequeña planta, un musgo diminuto, tan pero tan pequeño, que la diosa Frigg ni siquiera lo notó.

“Loke supo que aún existía una criatura que no había hecho la promesa a Frigg, consiguió el musgo, que era venenoso, lo puso en la punta de una flecha y engañó a un dios ciego para que usara el arco. Balder cayó herido de muerte.

“El mundo se volvió un lugar triste, tal y como está dibujada en esta parte del jarrón. Los dioses estaban tan desolados que uno de ellos bajó a los infiernos y habló con la diosa Hell, la ama y señora del Reino de los Muertos, y pidió que regresara a Balder a la vida. La diosa Hell se conmovió por tantas súplicas y aceptó resucitarlo, pero impuso un requisito: todas las criaturas de la Tierra, sin excepción, deberían llorar por la muerte de Balder y suplicar por su vuelta.

“¿Y sabes qué pasó? Todas las criaturas del planeta lo hicieron, excepto Loke, quien bajó a la Tierra, se disfrazó de anciana y se negó a llorar. La diosa Hell, entonces, se quedó con Balder en su guarida para toda la eternidad. Triste, ¿no?”

-Algo –respondió Torstein, con una sonrisa divertida.

-Pues como te dije, colocaré este jarrón en un pedestal. Encuentro un poco de consuelo en esta colección mía. El dinero a veces amodorra, pero no brinda felicidad verdadera. Ahora, déjame hablarte de mi María. Ella es la muchacha más buena del mundo, tú lo sabes bien.

-Sí, sí, claro, don Sancho –algo de temor relampagueó en los ojos de Torstein.

-No me llames don, dime Sancho a secas. Para eso somos amigos, ¿no? Ahora, como amigo, quiero contarte algo. Tú sabes la historia de mi hija y ese... ese insecto que fue su novio y que se largó con otra a vivir fuera del país.

-Sí, la conozco –parecía incómodo ante el giro de la charla.

-Mi hija es guapa ahora, pero antes lo era mucho más –comenzó a caminar alrededor, con el vaso de whisky en la mano-. Bien sabes que ahora no come, que tiene tratamiento psiquiátrico, que ahora se está muriendo –y se detuvo-. La veo y

entiendo que cada vez se hunde más, que un día ya no podré abrazarla ni verla sonreír. Pero también entiendo que podría volver a ser la de antes, solo si las cosas fueran... un poquito distintas. Necesita conocer al chico de su vida, a alguien que la quiera tal y como es y que la saque del agujero. Eso tiene que ser pronto. Por ahora, como verás, soy un padre desesperado.

-¿Cómo podría ayudar? –su voz fue entrecortada, como un chico asustadizo al escuchar un concierto de truenos.

-No sé, pero espero que puedas –don Sancho comenzó a caminar de nuevo por la cocina-. Tú, que eres guapo y que hablas español tan bien como un nativo. Estoy seguro que además has visitado otras tierras y que hablas otras lenguas perfectamente.

-No lo tome a mal, don... -se corrigió, atolondrado, y a Sancho ese gesto dubitativo le recordó aquellas cabras que vuelven sobre sus pasos en los senderos montañosos. Y recordó que cabras, truenos y relámpagos eran signos de Tor-: No lo tomes a mal, Sancho, pero tal vez yo no llene todas tus expectativas.

-No sé si dices la verdad, mi querido amigo. ¿Es humildad la tuya? Según el vulgo piadoso, ésa es una virtud. Yo tengo mis dudas. ¿Quieres un pedazo de pan? ¿No? Pero déjame decirte algo –tomó asiento frente a Tornstein, dejó de lado el vaso y se llevó un trozo de centeno a la boca aunque hizo muecas al tragarlo-. No sé si te enteraste, pero durante estos días se recuerda un incendio muy famoso que ocurrió aquí, en Quito, en una residencia de estudiantes. Y se recuerda asimismo una huelga igual de famosa y trágica. Ambos sucesos ocurrieron en 1958. Estallaron los cilindros de gas de una de las cocinas de la residencia y las llamas se propagaron hacia una pequeña bodega y después a las casas aledañas. Dentro de la colección que tengo sobre la vida, obra y milagros de los bomberos, hay un artículo de prensa al respecto. El edificio de la residencia era nuevo, lo habían inaugurado siete años antes. La compañía de gas llevaba una semana en huelga, pero los chicos estos habían conseguido almacenar algo en la bodega que después explotaría. Ya sabes cómo es mi país, con huelgas cada semana, y también sabes lo importante que es el

gas, porque aquí no es como en tu terruño donde tienen cocinas eléctricas. Pero, bueno. ¿Adivinas cuantos estudiantes murieron en el incendio? Siete. Como siete fueron los muertos por las protestas debido a la huelga del gas, hecho que pasaría a la historia como ejemplo de la brutalidad del régimen. Qué terrible coincidencia, ¿no? El destino fue cínico, irónico. Y la broma termina siendo cruel porque entre los heridos hubo un niño de siete años. Aunque en esto del incendio corrió un rumor absurdo: decían que fue provocado.

-Y no me diga: encontró la foto de un tipo parecido a mí en la prensa – Torstein dejó escapar una carcajada estentórea y seca (como el golpe de un martillo, según le pareció a Sancho) y medio falsa (dilatante como un trueno, pero muerta al poco de nacer).

-No había foto, para nada –don Sancho, ahora sonriente, se puso de pie: el martillo era también un signo de Tor, pero la falsedad no. Tomó las rebanadas de pan que habían sobrado, las puso en un pote de madera y las cubrió con una servilleta. Con una mano así el cuchillo, con la otra el recipiente del pan, y se dirigió a la gaveta con la intención de guardarlos. Se detuvo en el último instante: de pie, como alcanzado por un rayo, dejó pasar unos segundos de silencio antes de continuar-. Pero mitad por curiosidad, mitad por misericordia, se me ocurrió visitar a uno de los heridos del incendio. Había sido empleado en la residencia. Ahora tiene como ochenta años y vive en un hospicio.

-¿Ah, sí? ¿Cómo se llama? –el ambiente era tenso como preludeo de tempestad.

-¿Qué importa como se llama? ¿Qué importan los nombres? Mira que yo me llamo Sancho, pero bajo cierta lógica incomprensible, mi apellido debería ser Sánchez. Y tú no eres Tornstein, porque no provienes de Tor. Y sobre este punto no valdría la pena que discutieras conmigo. Aunque en su momento, ese Tor fue todo un personaje, ¿ah? Dos cabras le llevaban la carroza voladora. Blandía el martillo y el relámpago a diestra y siniestra. El señor de los aguaceros.

Aún con las manos ocupadas, don Sancho se puso a caminar por la cocina.

-El viejo ése, el del hospicio, está un poquito cucú pero me pareció que la memoria no le fallaba del todo. Dijo que en la residencia incendiada vivían algunos estudiantes extranjeros. Y entonces se me ocurrió la cosa más estúpida del mundo, Torstein.

-¿Cuál fue?

Para entonces, los pasos de don Sancho lo habían llevado a colocarse a las espaldas del nórdico.

-Saqué de mi billetera el recorte de 1906. Y el vejete ése te reconoció.

El recipiente con pan besó al suelo. Violento, salvaje como un rayo, don Sancho había inmovilizado a su víctima en la silla, cubriéndole el pecho con un brazo y presionándolo hasta que su espalda sintiera la dureza del respaldo de madera. En la mano derecha, en cambio, manejaba el cuchillo, y lo colocó junto al cuello del otro, para que no quedara dudas de quién estaba a cargo de la situación.

Don Sancho puso sus labios muy cerca del oído de Torstein. Podía sentir como el cuerpo del otro rebullía de temblores: el extranjero era un cabrito desamparado.

-Las cosas han terminado para ti que te gusta suplantar, que te gustan las bromas crueles. Nadie te va a salvar, Loke.

Escuchaba la agitada respiración de su rehén. Por un momento pareció que el muchacho quería decir algo, pero solo hipidos salían de su boca.

-Vamos a ponerlo así: a lo mejor eres inmortal, a lo mejor no. Pero creo que puedo hacerte daño y *lo voy a hacer*. Te voy a quitar esta cara tan bonita que tienes. Te la voy a desfigurar. Así será más fácil reconocerte en las fotos.

Decidido, hincó ligeramente el filo del cuchillo en el cuello del otro hasta intuir que éste había traspasado la epidermis. Una herida menor, por ahora. Sintió a su víctima rebullirse con escalofríos y temblores incontrolables, tuvo el convencimiento de que, de un momento a otro, su huésped iba a aflojar la vejiga del miedo. Le pareció que quería ponerse a hablar: los hipidos empezaron por segunda vez, pero creyó necesario interrumpirlo:

-No, no. No me digas que estoy loco. Nada de palabras. Nada de sollozos sin lágrimas. Sabes bien lo que busco.

Don Sancho no mantenía contacto con la mirada de su secuestrado y lamentó la ausencia frente a sí de un espejo, o una ventana, o una tetera reluciente. Dejó escapar un suspiro como quien acepta que ningún plan puede ser perfecto.

Una línea de sangre delgada y calurosa flanqueaba uno de los lados de la hoja y besaba ahora su mano cerrada en la empuñadura. Torstein seguía en la misma posición, respirando desesperada y acompasadamente. Don Sancho dejó de presionar la hoja, angustiado con la posibilidad de que terminara rajándole el cuello de verdad ante tantos temblores de miedo del uno y la ansiedad propia. Colocó el cuchillo a la altura de la barbilla, listo a usarlo contra el rostro de Torstein.

-¿Vas a llorar? Espero. Y hazlo pronto, porque me pones nervioso.

Los hipidos se intensificaron. Dos lagrimones cayeron sobre el brazo que presionaba el pecho. Y de pronto empezaron a caer y a caer sin parar:

-Por favor... –suplicó Torstein, ahogado en gemidos que sonaban sinceros.

Habría resultado una fotografía, una escena congelada, de no ser por la respiración violenta de Torstein y ahora por el pulso y el jadeo anhelante de don Sancho. Después de un lapso difícil de establecer sonó el teléfono.

No tuvo que dejar a su víctima sin el resguardo del cuchillo en la barbilla: tan solo se estiró para aplastar el botón de manos libres del aparato.

-¿Papá?

-Hola, m'ija

-Papi ¡Ah! ¡Parece un sueño!

-Dime –había algo de nerviosismo.

-Fui a hacer compras y entré a la tienda de libros y cuando salí quise ir a tomar un café.

-Ajá

-En eso se me acerca un chico y me pregunta si puede sentarse en mi mesa. ¡Está divino, papi! Ni siquiera disimula que está interesado en mí. ¡Es tan guapo!

-Seguro que también es listo.

-Muy culto, papi. Y es compatriota de Torstein.

-¿Cómo se llama?

-Siempre dices que no importan ni los nombres ni los apellidos –jugueteó ella-, que lo importante son las personas.

-¿No me das una pista? –y la voz se le quebró.

-Es que es difícil de pronunciar, papi. Te estoy llamando desde el baño, pero te dejo porque me está esperando allá afuera.

-Me alegra que estés feliz, mi amor. Creo que tu novio será sabio y bueno. Mi hijita se merece lo mejor –era inocultable que las lágrimas ahogaban los ojos de don Sancho.

-Qué cosas dices, papi –hubo una pausa de pudor avergonzado-. Si nos conocimos hace menos de media hora. ¿Nos vemos para la cena?

-Nos vemos para la cena.

Apenas hubo colgado, y aún sacudido por temblorcillos de emoción, don Sancho depositó suavemente el cuchillo sobre la mesa. Tomó asiento, clausuró sus párpados y sonrió con satisfacción.

-¿Seguro que no quieres whisky? –inquirió, sin permitirse abrir los ojos.

-Es para ti, Pablo.

La asumí como una típica broma de Jørgen y ni me distraje de mis asuntos, de mi ponzoñosa charla, embutido y terco, insistiendo en recordar los ochenta a mi manera: yo, con mención a un Michael Jackson negro y a un Diego Maradona con las extremidades en movimiento como las siluetas mortales de un rifle, los botines cargados y los pasos de un bailarín; mis amigos, empecinándose en una tal *Orions belte* y las dos Alemanias. Jørgen volvió al salón para reiterar la frase del asombro con añadidura: *Llamada internacional*.

Corrí al pasillo: alguien se había dado modos de ubicarme en un país foráneo y una casa ajena. Era la una (hay diferencia de siete horas con mi cacho de patria) y tomé el auricular convencido de que, del otro lado de la línea, iba a atender la noticia sobre algún funeral.

-Pablo, soy Ann –escuché en castellano, y su revelación acarrió una avalancha de detalles sobrecogedores: Dinamarca, Århus, *Øst for Paradis* y, ante todo, la amistad sacrificada y enterrada como un perro. Lo dicho: un funeral.

Y antes de que pudiese expresar mi sorpresa, antes de exhumar el entusiasmo, vino su petición abrupta como un chorro de sangre: yo debía viajar a Århus, Mette estaba en problemas, había terminado con su novio, con el sujeto de toda la vida, aquel al que esculcaba el rostro durante el desayuno los últimos once años. Ann no se dio un respiro, no mezquino detalle alguno: dos meses atrás la pareja buscaba casa para establecerse con todas las formalidades. Pero precisamente en un martes 13, hacía seis semanas, Mette se despertó con sobresalto, con la impresión sonámbula de que algo fuera de lo común ocurría en la habitación, y se topó con ese novio suyo de más de una década sentado en la cama, dándole las

espaldas. Una maleta lista descansaba en el corredor. Y sin atreverse a mirar sus ojos terminó por confesar que no quedaba más amor que ofrecer, no de su parte, y que había pospuesto esta revelación por demasiado tiempo, que él se marchaba porque no quería una casa ni compartir el resto de su vida con otra persona ni hijos ni nada y se largaba ahora antes de que fuera demasiado tarde, de que terminara ahogándose, alcohólico o en un sanatorio.

Desde aquel martes aciago, el ex novio no contestaba ni emails ni devolvía llamadas. La vida social de Mette giraba en torno a su chico y cuando lo perdió, los amigos sintieron pena, probablemente vergüenza ajena, y trataron paulatina y cortésmente de evitar a Mette. Se quedó sola excepto por Ann.

-¿Qué tan mal está? –repetí, como si no pudiera creerlo.

Muy mal era poco. Ann se vio obligada a mudarse unos días al departamento de Mette, asustada por ese delirio diurno y las tonterías que cavilaba y compartía. Ann descansaba en el sofá y velaba las pesadillas (muy comunes) de Mette en el cuarto de a lado.

-Desde que estoy aquí está un poco más tranquila. Tienes que venir –apuró Ann-. Queremos hablar contigo.

-¿Cuándo?

-Lo antes posible

Mi siguiente paso estaba ya decidido, aunque el croquis de lo que vendría después permanecía tras una cortina de niebla. Fui a la sala y en tres frases expliqué la situación. Mis amigos me escucharon respetuosamente, según creo, aunque con escepticismo: ese arrebató de dejarlo todo un fin de semana y largarme a otro país no era más que un arranque de pasión e irresponsabilidad latina, bromeó Jørgen, pero él mismo se ofreció a llevarme al aeropuerto. Allí me encargaría de tomar alguna de las conexiones Bergen-Oslo. Después vendría Copenhague y, finalmente, Århus. Aterrizaría por la noche.

Cuatro años antes había pisado Dinamarca por vez primera. Iba a ser un período de 16 semanas, producto de un intercambio estudiantil entre el NHH

noruego y el HHÅ danés. Casi un lustro más tarde, mi mente había decidido buscar su propio orden, seleccionar esos recuerdos y categorizarlos en tres grupos más o menos inflexibles: el primero, el de la tropa eslava, con los checos Jan y David y los polacos Ksenia y Wojtek. Con ellos alquilé un auto para conocer Copenhague, Odense y Skagen; pasábamos veladas íntegras donde Wojtek y Ksenia nos deleitaban con la preparación del *zubrowka* al estilo *Teraż Polska*, mientras los checos, con su cargamento de fósforos y azúcar, nos enseñaron la genuina manera de disfrutar de la absenta. Yo les mostré a todos el secreto de los llapingachos, aunque hubo que hacer magia con la mantequilla y aquella papa de puré que no era precisamente la chola.

Después, estaban las huestes danesas (entre ellos Martín, quien se enamoró de una española amiga mía; también Maja y la sueca Sofia, quienes pasaban los viernes en un curso de flamenco; y Ulla -mis ojos jamás han podido deleitarse en labios más llamativos; mi mirada bailaba con gusto en esa boca, guardiana de una dentadura perfecta-). Finalmente, de este grupo se destacaba un pelotón, la tropa *Øst for Paradis*: Mette, Ann y Marianne.

Esos cuatro meses pasaron como la mitad de un suspiro. De vuelta a mi encierro noruego, estudiantil y voluntario, mi propósito era mantener las ataduras con los nuevos amigos del otro lado del Mar del Norte. Y regresar a Århus una y otra vez. Mis compañeros en Bergen (quienes experimentaron temporadas como estudiantes de intercambio) juraban conocerse el cuento, mirar una película repetida, y pronosticaron el desenlace a corto plazo. La advertencia fue clara, cristalina: respira hondo *—como si estuvieses en tus propios Andes—*, toma un cuchillo de piedra *—frente a ti imagina a uno de esos cuyes, esos animales sagrados que en tu cultura sirven para sanar y relatar lo invisible—* y sacrifica la memoria *—nada va a ser como lo recuerdas—*. Århus no va a esperarte: la ciudad tomará su rumbo. Tus amigos olvidarán tu dirección, tu teléfono, tu email. No te salvará ni el Facebook, habitado por muchos muertos vivientes. Y lo que te queda es seguir tu camino personal. Tu alivio postrero será mirar a Århus en retrospectiva y pensar en una simpática experiencia,

relacionarla con un trampolín, como la primera vez en que se disfruta de los labios y la lengua del prójimo. Hay otras mujeres que esperan por un beso. Y hay una lista de muchos otros Århus por catar, por abrir y revolver en sus entrañas.

Ocurre que en mi cultura –otro dato que mis amigos de Bergen mencionan a menudo- somos dueños de la metáfora del colibrí y su predilección por ir de una flor a otra: picar, tomar el néctar y pasar a la siguiente planta. Aprovechar y olvidar.

Pero yo reivindico el derecho a la rebelión y a la defensa desde la trinchera de las antípodas. Me resisto a ser parte de un estereotipo. Y en su momento, el destino funcionó a mi placer. Los dioses –nórdicos y andinos- apostaron por la memoria eterna, por los recuerdos que se vuelven sólidos como costras. Tras mi vuelta a Bergen y en un lapso de 20 semanas, estuve dos veces más en Århus . Y los amigos seguían ahí: aunque los eslavos estaban en época de exámenes -a punto de terminar sus estudios- guardaron tiempo libre (alquilamos un auto y fuimos hasta la frontera con Alemania). Con Mette y Ann (Marianne se había mudado ya a Galápagos) fuimos casi cada noche al *Øst for Paradis*. Sofía y yo recordamos el baile inolvidable del *julefrokost* gracias a otra fiesta de *aquavit*. Ulla cenó conmigo y yo gozaba escuchando sus historias de Venezuela, hipnotizado por esos labios de diosa africana. Durante mis visitas me quedaba en el antro de Martin, durmiendo en su cocina. Århus seguía intacto. Los amigos recorrían a pie o en bicicleta los mismos caminos hacia la universidad, tenían las mismas parejas, honraban las mismas rutinas. Esa urbe era la madriguera de la ilusión, mi escape a la camisa de la responsabilidad, a los estudios, a la tarea de actuar como adulto (cada vez estaba más cerca de los 30). Århus era la esperanza, la hermandad, la incorrupción.

Todo empezó a descalabrarse y preferí mirar a otro lado, negarme a los hechos. Solo cuando yacían cenizas y polvo me di cuenta de que no me quedaba ni el consuelo imbécil de usar el cuchillo de piedra para sacrificar al cuy. Los mensajes desde Dinamarca escaseaban. Los eslavos volvieron a sus países y solamente con el bueno de David conservo aún contacto. Regresé a Århus tres veces más, en cada ocasión con menos y menos razones. Terminé por dormir en un hotel (no pude

contactar a Martin de nuevo), por ver películas acompañado solo un par de días por Mette y Ann (Marianne ni siquiera se excusaba), Ulla había descubierto una actividad más interesante que hablar conmigo y la sueca Sofía, embarazada, había regresado a Malmo con su ahora esposo.

Exceptuando al susodicho David, solo tuve comunicación esporádica con Ann y Mette. De hecho, Ann escribía emails más seguido que Mette. Y nos intercambiábamos líneas cada dos o tres meses. Luego, solo por nuestros cumpleaños o Navidad. Al fin el silencio cubrió el otro lado de la frontera y aunque intenté un par de mensajes más, manotazos de ahogado, zumbidos para sordos, estos no hallaron eco alguno.

Y desde aquello, desde último mensaje recibido de Ann, había transcurrido año y medio. Pero los dioses nórdicos y andinos volvían a confabular: una semana antes de la reunión en casa de Jørgen recibí un mensaje de dos líneas de Marianne – que no me animaba aún a responder-. Y ahora, una llamada de Ann. Mis amigas requerían de mi ayuda, me inflé de orgullo. Lo que Mette o Ann buscaban, no estaba en Århus. No existía en toda Dinamarca. Me regodeaba con esa idea, con el pensamiento de ser único y querido, necesitado, deseado; esas pobres chicas no tenían otro plan sino importar a este humilde latino desde Noruega. Tal vez, al fin y al cabo, yo era especial. Más que eso: indispensable. Cuando me conviene, me complace dejar que mi imaginación siga su curso y encuentre su propio tamaño.

\*\*\*

Esa misma noche estuvimos juntos como en aquel otoño primero (el de las cuatro semanas académicas) que no me resultaba tan lejano, en parte a mi necesidad de revivirlo ante cualquier excusa. Para el mundo, supongo que aquel habrá sido también un otoño distinto. Fue el de las Olimpiadas de Atenas, el del secuestro masivo en Osetia, el de la salida de una nueva versión del *Grand Theft Auto*. Era difícil de creer: cuatro años más tarde, nos reuníamos de nuevo. Daban las once y Ann había preparado pasta. Sentados en la mesa del comedor, disparando comentarios bobos con la palabra *Japón* como invitada recurrente, gozando sin

disimulo, nos embarcamos en el recuerdo de aquel período dorado cuando yo vivía en la ciudad. En aquel tiempo implantamos una sana costumbre: reunirnos en casa de alguna de las chicas (usualmente donde Ann), salir luego para mirar una película en *Øst for Paradis* y comentarla después en Kafé Loco. La periodicidad de dicho hábito era respetable: de dos a tres veces por semana. Nos considerábamos cinéfilos *amateurs*, adictos, fanáticos precisaría yo, a filmes de países exóticos.

-Solo falta Marianne –me servía entonces un poquito más de salsa-. ¿Saben? Me escribió hace siete días.

Marianne era también parte del grupo. Estudiaba, como Ann y Mette, en la Escuela Superior de Negocios. Las tres eran inseparables: iban juntas a clases, a los sanitarios de mujeres, y hasta llegaron a viajar por América del Sur. Yo me uní al grupo durante la primera semana de mi semestre en Århus. En mí, ellas encontraron la excusa para no dejar morir su español. En ellas, hallé la estrategia perfecta para negar el cuerpo y la mente a la soledad. Agradecía la presencia de mis otros amigos, pero Marianne, Mette y Ann eran mi verdadera gallada, el clan en donde los lazos se estrechaban con fuerza. Pero con Marianne ocurrió algo especial meses después de mi partida. Se enamoró de un italiano y, en poco tiempo, echó por la borda sus responsabilidades universitarias, laborales (trabajaba como cajera en una tienda) para vivir en las Galápagos. Todo ocurrió tan de prisa que no pude asimilar el cambio. Ann y Mette tampoco. Intenté comunicarme con ella varias veces. Desde el norte le llovieron cartas, emails, postales, cedés, hasta un poco de salmón noruego empacado al vacío. Ningún mensaje, ningún paquete, regtornó como respuesta a mi buzón. Con algo de amargura, la olvidé. Las otras siguieron mi ejemplo, decepcionadas tras un par de conversaciones telefónicas (*piensa solo en el italiano, contesta como si le estorbáramos*).

Ahora Ann me contaba (Mette ya lo sabía, pero escuchaba la historia con gusto) que Marianne había vuelto a Århus. De casualidad se había topado con ella en el centro hacía unas semanas. Estaba distinta. No físicamente, pero había algo que ya no respondía a nuestra imagen de Marianne. Separada del italiano, vivían

ahora en Brabrand junto con sus dos hijos y colaboraba activamente en un grupo cristiano. *Dios es la luz*, le insistió a Ann, quien trataba de ahogar la risa en su cara - nos contó que era impropio y ridículo, como ver a un grupo de aficionados ejecutar una opereta de falsetes-. *Ya sé que sueño como fanática, pero es la verdad: solo Dios me ayudó a salir del hueco*. Y por más esfuerzo que ponía, al acordarse a Ann la hilaridad se le fugaba de los labios. Mette era pura algarabía con la anécdota, pero al final no pudo ahogar cierto comentario tras un estremecimiento: *y pensar que Marianne era tan fuerte, tan vital. Si decía que la religión era para los cobardes y acomplejados*.

Antes de separarse de Ann, Marianne le había pedido su teléfono y también el de Mette. Le preguntó por añadidura si sabía algo de mí y de esa forma obtuvo mi dirección electrónica. Un par de días más tarde, Marianne invitó a las chicas a una reunión de su grupo religioso, algo a lo que ellas cordialmente se negaron. Es más: desde entonces, cuando sonaba el móvil y el nombre de Marianne parpadeaba en la pantalla, las chicas preferían desconectarse.

-Marianne encontró consuelo en la religión –apunté hacia Mette, con sorna, mientras tomaba un poco más de jugo.

-La religión no me puede ayudar –devolvió la otra y me arrepentí de haber dado pie al tema.

-¿Por qué no le respondiste? –Ann se dirigía a mí.

Entonces les expliqué que, cuando quise comunicarme con ella, Marianne se borró del mapa. Y voluntariamente. Bien pude yo haber sido su buen compadre, el incondicional, aquel perro fiel dispuesto al sacrificio. Pero por elegir el amor de su italiano, ella deshechó una amistad única. ¿Y ahora esperaba que yo pelee en su trinchera?

-¿Y nosotras?

Me puse incómodo, pero les dije que era distinto. Nuestra ruptura había sido menos violenta. Y medio en serio, medio en broma, anuncié que les concedía magnánimo otra oportunidad.

La comida terminó por desaparecer, pero no la charla que consiguió extenderse hasta pasadas las dos. Mette caía en ciertos pozos de tristeza, súbitos, pero afortunadamente poco duraderos: Ann y yo nos dimos modos para echar mano, en los momentos menos previstos, de la palabra *Japón*. Así regresábamos al milagro de aquella noche: juntos, otra vez.

*Øst for Paradis* estaba vinculado, entre otros recuerdos, a *Japón*, la cual vimos durante aquel otoño del 2004. En el futuro, cuando mirábamos alguna escena de sexo en la tele, decíamos *Eso me recuerda a Japón* para infaliblemente estallar en risas. Eran un acuerdo secreto, compartido, como los chistes del Chavo: aunque sabemos anticipadamente la broma, los diálogos, no por eso resultan menos graciosos. Si la salsa conservaba ese gustillo a diablos en el restaurante chino, soltábamos *Sabe a Japón*. Incluso si amanecíamos con resaca era predecible confesar *Hoy me siento como Japón*.

Vino la hora de dormir. Mette nos dio un beso en la mejilla y se metió a su cuarto. Ann ocupó el puesto que le correspondía en el sofá. Yo tenía mi bolsa de dormir en el suelo, sobre la alfombra (un pedazo de piel de reno). Hablamos entre susurros unos minutos. Ann me agradeció por estar ahí: Mette aparecía con un semblante más relajado. Después, el silencio. No mucho más tarde, oí los ronquidos de Ann, y fueron unos segundos previos a escucharla acomodarse de lado. Aún así, al descansar su respiración era bulliciosa.

-Hasta mañana, Whisky –me había dicho antes de ponerse a resoplar entre sueños, dándome la espalda y riendo para sí.

Este tipo de detalles me impedían olvidar Århus. Otra película que compartimos fue *Whisky*. Nos deleitamos con ella un par de veces y en Kafé Loco no dejábamos de comentar esa tardanza poética. Marianne empezó a llamarme así, *Whisky*, porque decía que yo era dueño de la misma dulzura, lentitud y cierta pesadumbre al caminar.

Marianne. Dónde estaría ahora. Ella y sus hijos.

\*\*\*

No salí del departamento en toda la jornada. Comenzamos a levantarnos pasado el mediodía de aquel sábado glorioso, familiar, e hice el chiste de que era eso lo que nos juntaba. Ann se ausentó unos instantes para hacer compras y Mette y yo nos quedamos en soledad. Creí que se animaría a contarme sobre su ex novio, pero aunque estaba de buen humor prefirió enfocarse en trivialidades. Hablamos de *La vida es bella*. Era muy anterior al inicio de nuestra amistad y de la costumbre de *Øst for Paradis*, pero ambos teníamos una buena historia al respecto. En mi caso, se vinculaba a mi madre en Ecuador. Vi la película con ella y mis hermanos. Unos años después, cuando en un almuerzo alguien sacó a colación el filme, mamá sugirió que lo mejor de la estaba en las últimas escenas, cuando tras la sucesión de desdichas la familia conseguía reunirse de nuevo. Mis hermanos y yo nos miramos sin decir nada, sin comentar la nimiedad de que el padre en la película había sido ejecutado. En su memoria, el argumento era una serpiente (un ser vivo que se enroscaba, se quitaba la piel) y terminaba de otra manera, convirtiéndose en algo más. La mente de mi madre había preferido, sutilmente, falsear la cinta y apropiarse de ella y así, complacida, se quedó con su propia versión. Mette no pudo sino reír.

Eran las tres de la tarde cuando pusimos algo de comida en nuestros estómagos. Mette conservaba varias fotografías del otoño 2004 y luego nos mostró otras imágenes, más antiguas aún. *Demasiado antiguas*, soltó Ann. Aquella chica menuda de traje de baño verdoso era Mette. La otra muchacha más formada, en una fiesta en Copenhague, era Mette también. Igual que en aquella última foto, ésta en cambio un *close up*, donde esos ojos grandes eran suyos sin duda: ni las imperfecciones en la piel le restaban encanto alguno.

Las instantáneas de su ex novio estaban ausentes de la colección. Mette habría hecho ya una limpieza profunda en los recuerdos físicos. Pensé que la pobre recaería en unos días porque siempre hay ese peligro: arrepentirse de haber iniciado la hoguera, de haber disuelto las fotos en ácido, de hundirlas en el inodoro. Dios sabe qué habrá hecho la buena Mette con ellas.

Ann había dado con un par de botellas de vino para acompañar la cena (y para la tertulia posterior) que comenzamos a disfrutar a eso de las nueve. Mette ejecutaba una receta propia de sushi mientras yo improvisaba los llapingachos con la variante *Mandel*. Así entretuve a las chicas, de paso, con algunas historias de gastronomía andina.

-Cómo comerse a Nemo –soltó Ann, cuando Mette se llevaba un pedazo de sushi a la boca, y así fue presa de aquel ataque de risa que, combinado con el trozo de pescado, casi le atora la garganta. Me tomó un par de segundos ubicar la referencia y compartir la algarabía.

Después hicimos buen uso del vino de Ann y departimos, de nuevo, hasta las tres de la mañana. A ninguno se le ocurrió insinuar que al día siguiente podríamos ir a *Øst for Paradis*. Yo esperaba escuchar la sugerencia de labios de Mette: al fin y al cabo, estos días giraban en torno a ella y sus deseos.

-¿Sabes de qué he tenido miedo, Pablo? –confesó Ann, cuando estábamos solos, ya en penumbras-. De estar durmiendo en el departamento del horror. De despertarme una buena mañana y no distinguir ruido alguno en la habitación de Mette. En los días antes de que llegaras, me paralizaba el silencio.

Cuando se puso a dormir, descubrí que mi potencial somnolencia –por el exceso de vino- no me beneficiaría: escuchaba con claridad esa respiración alborotada, estrepitosa.

\*\*\*

-Tendríamos un café cultural, como *Øst for Paradis* –sugirió Ann. Era domingo por la noche. La carga del vino casi se había terminado, pero nuestros ánimos aún estaban en su punto de ebullición. Mette incluso se había puesto algo de maquillaje y la idea de charlar y beber a la luz de las velas había sido suya también.

Durante la tarde desgranamos planes hipotéticos, con gusto y cuidado, como si construyéramos una película de nuestra vida para los próximos dos lustros. Y en

este punto de la noche retomábamos la charla, ésta vez tratando de integrar los planes en un proyecto creíble, común.

-Caraduras, les robamos el nombre. Y nos plantamos al otro lado de la acera para llamarnos *The real Øst for Paradis* –apuntó Mette antes de la carcajada general. Habrá sido su mejor chiste del fin de semana.

-O podríamos ponerle al café otro título de película. Por cierto –Ann se dirigía a mí-, ¿cómo se traduce *Øst for Paradis*?

-*Al este del Edén*. ¿La han visto? -negaron con las cabezas-. Tampoco yo. Nunca supe si James Dean estaba a la altura de Steinbeck.

Continuó la construcción de cafeterías y restaurantes con cimientos de ilusiones y ladrillos de aire. También brotaron algunos nombres de actores para nuestro futuro negocio. Insinué que podríamos abrir un bar en Noruega. Mette me corrigió: mejor en Ecuador, barato y con clima más benigno. Ann fue más allá: en Galápagos, y le pedimos consejo a Marianne. Reímos de nuevo.

Eran las dos de la mañana cuando Mette se fue a dormir. Apagó la luz, dejándonos a Ann y a mí a oscuras. Respetamos el silencio por unos instantes. Como mi vuelo partía al día siguiente, me aplastó el pesar –lo llegué a conocer cuatro años antes- con idéntica fuerza. Iba a abandonar la urbe y seguir mi sendero. Susurré mi pesadumbre a Ann.

-Justamente quería hablar contigo –respondió entre cuchicheos-. Ya no puedo tragármelo por más tiempo.

La luz de la calle le daba en el rostro. Nos conocíamos bien y no había forma de malinterpretar esa mirada: no se trataba de ningún asunto amoroso.

-Y no puedo tragármelo –continuó- aunque tal vez debiera. Porque te voy a hablar de un defecto y no es tu culpa. Si ya me siento zonza –se tomó la cabeza y la meceó con preocupación excesiva, dramática; mala actriz-. Es como sacarle en cara a alguien que es patojo. O que es sordo.

-O que es una bola de grasa. O que apesta -murmuré.

-No, eso no. Porque en lo que tú dices, uno puede superarse. Y tal vez tus ejemplos son buenos para el caso: tal vez puedas ser distinto.

-¿Y qué es lo que tengo que cambiar? –mi voz queda se volvió tembleque, traicionándome.

-Pablo: no sé cómo has podido sobrevivir hasta ahora –en este punto me sonrió de nuevo-. Eres demasiado bueno, casi tonto. ¿Qué haces *aquí*?

-¿Qué hago *aquí*? –y tragué saliva, como si fuera a escuchar algo ingrato, intolerable.

-Tú lo das todo sin medida. De hecho, creo que el problema principal es que pierdes el sentido de las proporciones.

-¿Por qué me preguntas qué hago aquí?

-Yo no habría hecho lo mismo: si me pedías ir a Bergen, te hubiera dado consuelo por teléfono o email. Tampoco creo que Mette se hubiera trepado al primer avión con destino a Noruega.

Permanecí en silencio.

-Gracias a ti, Mette está mejor. Ella te lo agradece y yo también. Pero lo pasado es pasado, Pablo. Yo, de haber terminado con mi novio, no hubiera caído en una depresión tan fachosa. Y ésta es la parte más dura de lo que te quiero decir: si la deprimida hubiese sido yo, ni siquiera nos habríamos visto. Quizás hubiera llamado a Mette o ni siquiera a ella. Tampoco me habría cobijado en la religión de Marianne –y aquí soltó una risita.

-¿Marianne sonaba feliz? –pregunté como si de la respuesta dependiese un descubrimiento importante.

-Hay que mirar al frente –obvió mi inquietud-. Ojalá podamos volver a vernos, los tres, o incluso los cuatro, con Marianne incluida.

-Si preguntaba por nosotros, tal vez no sea tan feliz –me respondí mí mismo.

-Mette ahora seguirá su propio rumbo. Hará nuevos amigos, tendrá novio en poquito tiempo.

-Pero todo lo que vivimos –la interrumpí y la voz se me descontroló un poco, elevándose; bajé el tono de inmediato-. ¿Dónde está? ¿Qué significa? Mis recuerdos de Århus son tus recuerdos, Ann. Lo que vivimos juntos no es una invención.

-En tu cabeza estén un poco más acaramelados, aunque en general fue una época estupenda. Pero de eso hace ya casi cinco otoños. Media década. ¿Qué esperas? ¿Vivir los próximos años con los recuerdos de esta nueva visita a Dinamarca? ¿De cómo reviviste a Mette? No te recordaremos ni con la misma intensidad ni con la misma asiduidad. ¿No te lo crees? *Asiduidad*. Esa palabra me la enseñaste en el 2004 –me regaló un guiño.

-Verdad –confesé, concediendo-. Fue en el *Kafé Loco*, después de *Casablanca*. Igual pasó con la palabra *ostracismo* –recordé cómo la había usado y abusado ante la mínima oportunidad; después de unos días nos tenía hartos–. En cuanto a lo otro, hay que revivir la memoria en todo instante. Cuando yo hablo con ustedes de nuestras vivencias, no es solo para refrescar la simpleza sobreentendida de algo en común. Me explico: todo el mundo tiene recuerdos, pero lo nuestro fue algo fuera de lote. Escucharnos hablar es como escuchar a los veteranos de Vietnam intercambiar anécdotas de la guerra.

-Eso mismo: ¿y crees que es bueno para la salud mental?

-Veo que en tu futuro no estoy yo. Hasta te iba a incluir en mi Facebook...

-Ojalá que nos volvamos a ver. Pero no esperes mucho ni te aferres a la memoria. Todo se transforma y tú tendrás que hacerlo. Mejor a las buenas: acepta la zanahoria y evita el garrote.

-Eres egoísta y pretenciosa, eso es lo único que ha cambiado. Una pena que vuelva a Bergen con este recuerdo tuyo.

Solo entonces me miró con una mezcla de lástima y rencor. Se dio la vuelta en el sofá, dándome la espalda, y me deseó buenas noches con voz queda. Le contesté igual. Y creo que ninguno realmente pudo dormir. Yo no al menos, y quiero pensar que ella tampoco, que Ann estuvo igual de mortificada como para

conciliar el sueño. El hecho es que ninguno musitaba una disculpa, soltaba un chiste, sugería una manera de romper el hielo. Y me sentí minúsculo en las sombras, simulando sin propósito en medio de la nulidad de esa madrugada danesa. Ann, tan cerca y tan lejos de mi mano, era tragada por la oscuridad de la sala cuya dueña era una suicida en potencia, una mujer descontenta con su vida, una mujer que tal vez no sería salvada ni por los recuerdos de *Øst for Paradis* ni por mi llegada ni por la abnegación de la escéptica, práctica Ann. Pero tal vez ese preciso instante Mette dormía con tranquilidad mientras el silencio nos aplastaba a mi y a Ann como lluvia fúnebre. Ella esperaba, esperando, como yo. ¿Lo estaba? Eso quise pensar, que tenía dudas, que mordisqueaba su orgullo sin saber si escupirlo o no.

El lunes me despedí de ambas con un beso en la mejilla y un abrazo. Era fácil intuir que el futuro estaba roto y nuestro grupo, que alguna vez fue exacto y precioso como esos artesonados mudéjares, se caía sin remedio como esos mismos techos, que no están unidos ni por clavos ni por pegamento. Al menos quise creer que mi viaje habría servido de algo a Mette. En el avión recordé lo bien que lo habíamos pasado comiendo sushi japonés, llapingachos andinos, bebiendo vino chileno y acordándonos de una película gringa. A pesar de que *Øst for Paradis* no solía mostrar filmes animados, y menos estadounidenses, *Find Nemo* había sido la excepción. Tras la película de trama simple como mi relación con Århus (dos peces separados por un mar, pero aferrados a los recuerdos que los empujan a mantener la esperanza) salimos con mucha inspiración y confirmando (al menos Ann, Marianne y yo) que no toda la industria de entretenimiento estadounidense era una basura (Mette decía saberlo ya). En enero del 2005, una vez de vuelta en Bergen, les había enviado un email con un gráfico arreglado en Adobe Photoshop: *Nemo was finally found!* En la imagen aparecía el pez payaso fileteado en un plato de sushi. Me había permitido incluir una línea: *Jamás olviden la buena costumbre de Øst for Paradis.*

En eso reflexioné durante el viaje de regreso, junto a la reiterada imagen de los artesonados mudéjares que se mantienen juntos gracias a la presión: si una ficha se descoloca, el resto se desparrama por el piso. Y los siguientes meses no recibí

ningún email de Mette ni de Ann (nunca las busqué en Facebook). Ni para decir que estaban bien. Ni por mi cumpleaños. Ni por Navidad. Tampoco les escribí, aunque pensaba en ellas seguido.

En esta nueva noche danesa que desmenuzo estos recuerdos me sobrecoge descubrirlos tan oscuros, tan penosos. Me entusiasma que el presente se parezca a la memoria selectiva, a las reminiscencias acarameladas, a toda aquella nostalgia que involuntariamente decidimos falsear (¿o corromper? ¿o apenas recrear?). Hay momentos que hemos desnaturalizado para sobrevivir. Y aunque reciclados, me gusta pensar que los sentimientos resucitan y se tornan eternos, decisivos. Tras muchos meses estoy de vuelta en Århus. Afuera llueve y trato de divisar la calle a través de los reflejos de la ventana, detrás de la lluvia que cae como cortina. Mi vista forzada es insuficiente para perforar esas tinieblas. Me alejo del cristal y miro alrededor: me topo con una televisión, un aparato de DVD, una montaña de películas, y me pregunto cuántas de ellas habrán tenido su estreno en *Øst for Paradis*. Regreso la vista hacia un costado: el sofá que será mi colchón los próximos días tiene una cobija revuelta (estuve allí hace veinte minutos, sin conciliar el sueño) encogida como ojo de huracán. Parece mirarme, preguntarse qué hago allí. En la otra habitación duerme Ann. Me acerco con cuidado y pongo mi oído junto a su puerta para percibir esa respiración bulliciosa. Me alegra que me haya llamado a mí -específicamente a mí- para velar su sueño, en estos días grises de ruptura con su novio.

## LULLABY

-A ver, Reidun. No te pierdas.

-Las voces se amontonan. *Dulces sueños*, insisten, *dulces sueños* una y otra vez.

-Sabes que estamos aquí, ¿no?

-Lo dicen en todos los idiomas. Es una canción de cuna. La he oído antes.

La inventé yo.

-A ver, a ver –Juanjo chasqueó los dedos-. Reidun, ¿me escuchas?

-Es una canción de cuna. La inventé yo. Inventé todo lo que ellos dicen.

-Lo estabas haciendo bien. Míranos: estamos aquí. ¿Me escuchas?

-Sí, sí. Algo, ahora. Te escucho. Eres un susurro tú también, Juanjo.

-Bien, Reidun. Soy Juanjo. ¿Ves mi rostro?

-Un poco. Veo tus ojos.

-¡Ajá! Mira mi mano. ¿Ves mi mano? ¿Ves como la muevo?

-Lo dicen en todos los idiomas, es un lullaby.

-Reidun, concéntrate en mi mano. ¡Mírala, ahora! ¡Ahora! Mira mis dedos. Es la señal de la victoria, la señal que tanto te gusta.

-...

-La perdimos de nuevo.

No hay ningún ruido posterior. Apenas el murmullo del viento, afuera, en una tarde que bajo otras circunstancias sería espléndida por esa luz que baña los apacibles cardenales, engarzados a los marcos de las ventanas. Serán apacibles porque su vida es tan fútil y sobre todo porque nunca caerán en cuenta de ello.

Ninguno en el salón está interesado en cardenales, ni perderemos nuestro tiempo en averiguar qué misterios profundos, insoportablemente cotidianos, se esconden detrás de esas ventanas. Nuestra vista se engancha al rostro de aquella mujer y deseáramos que su frente fuera un cristal, que sus pensamientos se nos mostraran diáfanos y no como criptogramas. No como ahora. No como ha sido siempre.

Nuestra vista está en ese rostro, que vuelve a soñar despierto.

Juanjo hace una seña de cansancio antes de girar sobre sus talones, salir al corredor y hundirse en su oficina. Realizará un par de llamadas y hablará con una de las enfermeras, supongo. Me quedo un instante con Hans y Memo hasta que ambos, también, me dan la espalda. Quiero quedarme mirándola, pero me siento culpable, como quien contempla un accidente y prefiere tomar fotos antes que ayudar a la víctima. El silencio termina por empujarme a mi lugar, a arreglar mis asuntos e intentar olvidar el día de hoy.

El buen Juanjo se ofrece a llevarme a casa y entonces intercambio su propuesta por la de una caminata por el Parque Central. Canje aceptado. Juanjo enciende el estéreo del automóvil.

-¿Y si descifran lo de los quipus?

Su pregunta deshace el hilo de mis reflexiones. Caigo en cuenta de que tiene relación con el noticiero.

-Han dicho lo mismo los último quince años, Juanjo.

-Sería una bomba si lo hacen.

-Si curamos a Reidun sería una bomba.

-Dime, ¿a quién carajos le importa la sanación de enfermos mentales? Viven olvidados hasta de sus parientes.

-¿A quién carajos le importan los quipus?

-Lo de Reidun podríamos publicarlo en alguna revistilla de circulación médica. Ya sabes, para nuestro currículum. Y nuestra autoestima, claro.

Deja un intervalo corto. Sé que es la pausa del orador experimentado. Sé que va a decir algo más y espero que sea importante.

-Lo mismo con los quipus. Los descubridores querrán trabajar para el Discovery Channel.

\*\*\*

Tres años concentrados en esto, en esta mujer que tendrá nuestra edad y que un par de niños encontraron desnuda entre las ramas y los pozos de agua enlodada

del bosque de Vilcabamba. Y conforme hemos trabajado en ella, nuestra obsesión ha ido creciendo como un tumor incontrolable. Uno de esos tumores que aparecen en la cara como un lunar y después de unos días tienen el tamaño de una pelota de golf.

En nuestro semblante pervive el signo de algún tipo de manía. La gente lo reconoce. Nos hemos concentrado demasiado en esa mujer. Lo atestiguan nuestras duras ojeras, en los últimos meses más visibles que nunca. Lo atestigua nuestra ansiedad nunca reprimida. Lo atestiguan, asimismo, nuestras conversaciones: de ella hablamos incluso en las pausas.

La recibimos en un estado lamentable: carente de identidad, incapaz de pronunciar una palabra, ni de agradecimiento ni de ayuda; nada, ni un gruñido. Intuíamos que era extranjera (rubia, blanca tez de cirio, ojos de cerúleo), pero ninguna legación diplomática reportó a una mujer perdida. Apenas reaccionaba a los estímulos externos. Apenas comía. Resultaba estremecedor ponerse a la altura de sus ojos, examinar sus facciones, notar que su respiración poseía la delicadeza y el dominio de un practicante de yoga. Durante la noche descansaba normalmente y en el día parecía perpetuar su sueño pero con los ojos abiertos. Un estado de sonambulismo continuo, tétrico hasta para un curioso; desesperanzador hasta para nosotros, que deberíamos estar acostumbrados a estos giros del oficio.

Los primeros meses persistió en su rictus de estatua de cera, pestañeando de vez en vez y moviendo los labios no más de lo necesario para masticar. Jamás los estimuló para dejar en el aire un solo monosílabo. Las primeras tentativas de diagnóstico iban desde la afasia hasta el autismo, aunque de entrada me incliné por un colapso nervioso agudo. Le examinamos las cuerdas vocales solo para confirmar que su mudez no se debía a un problema físico. Los análisis asimismo descartaron cualquier lesión espinal, embolia o cáncer. Su estado podía ser, entonces, producto de un trauma

\*\*\*

Caminamos por el sendero de cipreses, cautivos de una felicidad boba. Quiero decir, una felicidad inexplicable. Él me cuenta chistes sobre su ex mujer pero con voz nostálgica, como todas estas anécdotas mitad nuestras mitad ajenas que envuelven a los viejos cariños.

Una muchedumbre está apiñada junto a los columpios y las llantas de tractores, empotradas en la tierra como nabos, formando una valla alrededor de un hombre. Un predicador de estos de parque, me digo a mí mismo, y propongo a Juanjo acercarnos. Acepta no del todo convencido.

A mí me divierten mucho los predicadores de parque. A veces discuto con ellos, ahí mismo, en medio de todos esos ojos curiosos, aguardando que nuestro público nos juzgue. Ojalá estuviera todo el mundo allí para vernos. Retar a predicadores ha sido uno de mis más ocultos pasatiempos en los últimos quince años.

- Lucifer se rebeló contra Dios, juntó a sus huestes y osó interponerse en el camino del Todopoderoso. Y aunque el demonio mordió el polvo de la derrota, ¡todavía sigue ahí! Latente. Expectante. El Fin del Mundo se acerca. *La serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él.* Apocalipsis 12:9. Es la Palabra de Dios.

Me sorprende que el tipo sea tan joven: conserva aún huellas de acné en la frente y yo le daría apenas unos dieciocho. O sea, la edad justa para pegarse una cerveza o pedir un tabaco en la tienda. Me desanima armar trifulca a un mocoso chiquilicuatro. Retos así no tienen gracia: lo chusco es ver como los viejos predicadores pierden la compostura y su piel se vuelve colorada hasta la raíz de sus blancos cabellos. Porque lucen blancas y respetables canas, tal y como se representa al propio Dios en las pinturas antiguas, además de barba larga e inmaculada. La sabiduría está relacionada con los años, y Dios los tiene todos.

Aparto con discreción a Juanjo y enfilamos hacia el lago de los remos. Él se anima:

-¿Viene el Juicio Final? Dios, cuando creó al hombre, le regaló la estupidez como rasgo innato. Y un sentimiento irrenunciable de autodestrucción. Es este un mundo en donde no se puede confiar ni en los hijos. ¿Supiste lo que el mocoso ese de quince años hizo con su papá?

-¿Cuál?

-El que quiso suicidarse después de que la policía lo pilló.

- ¿De dónde sacas esas historias?

-Salió ayer en la tele. Un chico vive con su viejo en una casa del suburbio. El padre es estricto y el chico carece de predisposiciones a las reglas, aunque abunda en violencia de espíritu. Toma a su padre y lo golpea con una silla. Cuando el viejo despierta, está sangrante y encadenado en su propio sótano. Así vive por tres semanas, con el hijo que viene una vez por día con un plato de arroz. Dejaba el plato junto a él, tratándolo como a un perro.

Los patos se zambullen en unas aguas que deben estar frías como la mano de una amante moribunda. Me detengo un segundo, sorprendido por los derroteros extraños de mi mente: ¿*Amante moribunda*? ¿Y yo qué sé sobre amantes? Casi la única gente que he frecuentado en los últimos años son mi madre y su nuevo novio, aparte de Juanjo, Memo y Hans. Y Reidun.

Los patos continúan en sus zambullidas en el agua del lago; un lago del que no sé exactamente la temperatura, pero intuyo su frío ártico. Ignoro si el agua es fría como una baldosa de frigorífico, como aquel que queda doblando la esquina de mi casa; o fría como la nariz de un perro. Pero no *fría como una amante*. Eso no podría jurarlo.

Me animo a lanzarle el anzuelo:

-Yo tengo una teoría sobre Reidun, ¿quieres oírla?

-Dímela.

-Reidun es mi señal del Fin de los Tiempos. Si muere sin despertar a nuestra realidad, será nuestro propio epílogo.

-Habla un poco más claro.

-Tal vez exagero al hablar de *nosotros*. Lo diré solo por mí, entonces. He pensado mucho: no podría soportar la muerte de Reidun. Tendrías que recetarme antidepresivos. Estaría dispuesto a suicidarme.

-No digas idioteces. Y tampoco quiero ser tu doctor.

-Yo mismo me recetaría antidepresivos, entonces.

-Cállate. Comentarios así están prohibidos para alguien en tu posición.

-¿Por qué? ¿Qué pasa contigo?

Caminamos en silencio. Nuestra alegría inicial se ha esfumado. Me siento un poco tonto por haber propuesto esta conversación y por el giro que ha tomado. Para sentirme menos estúpido decido descargar parte del fardo psicológico que ahora me cuelga un poco pesado sobre los hombros:

-Creí que me entenderías.

Juanjo ni siquiera regresa a verme. Lo observo: ninguna reacción visible. Es una estatua que camina. Un espantapájaros que ni cumple su función de espantar ni su parodia de atraer aves. Es un monigote neutro. Un monigote sonámbulo.

-¿Acaso no significa lo mismo para tí? –insisto, de súbito, como cuando en las noches de aquellos pueblitos campechanos un disparo destruye la tranquilidad: los perros ladran y las luces se encienden, los hombres se arman de palos y las mujeres rezan.

Quiero que Juanjo reaccione, y ladre, y grite, y rece o maldiga. Me siento incómodo, ahora más que nunca. No maldice ni ladra. Su voz es suave:

-Como tú, como todos, he llegado a apreciarla. ¿Querías oír eso? Te lo concedo. Pero se debe, básicamente, a nuestra naturaleza: somos tipos solitarios. En mi caso, mi esposa me dejó, y soy un sedentario sin hijos, ni primos, ni abuelos. A lo mejor deba comprarme un pez y me arreglo la vida. Tú deberías pensar en lo mismo.

-¿Qué sugerencia es ésa? Estoy bastante mayorcito para salud mental, ética y clases de primero de básico. Hasta ahora lo he podido manejar. Tú también, y Hans y Memo. Además, la inmoralidad no se cuenta entre nuestros defectos.

-Moral no es lo mismo que ético.

-No me des clases. Junto a Reidun hay algo de fuerza en esta guerra del olvido. Ya lo dijiste: a nadie le importa. Bueno, a nosotros, sí. Los cinco hemos trabajado demasiado.

-Tres años. Pero no nos hemos concentrado solo en Reidun.

Juanjo camina con la cabeza mirando al piso. Ahora ya no es más un monigote insensible. Veo que su lado nostálgico y su flanco contradictorio salen a flote en las arrugas de su frente, en su puño apretado y en aquel fugaz segundo en que sus dientes mordisquean su labio inferior. Veo que piensa, que lucha.

-Si no la podemos ayudar, será mejor.

-Pero, ¿qué dices? –su comentario me destruye.

No deja de mirar al suelo al responder:

-Porque es muy poco ético y muy poco saludable. A propósito –levanta la cabeza bruscamente-. Olvidé felicitarte por tu nueva adquisición: lindo reloj. Luce mejor en la muñeca de un ministro que en la de un doctorcito.

No me gusta que cambie súbitamente de tema, sobre todo si hablamos de algo tan serio. Pero es un rasgo característico en él.

-¿No lo habías notado?

-Nunca. ¿Lo tenías de antes?

-Me lo regaló mi padre. Construido y garantizado para durar toda una vida, está recubierto de acero y funciona con un mecanismo que dicen es medio revolucionario, pero me gusta sólo por los números fosforescentes. Me evita tener que pensar extra: no soporto las manecillas. Tiene la virtud de no detenerse nunca, la misma de mi padre, ¿sabes? Él era una perinola de movimiento continuo: se paseaba de un sitio para el otro, leía, refunfuñaba en silencio. Justo lo contrario de la faceta que por un momento me has mostrado hoy: la de monigote impasible. ¿Pero quieres que te diga algo? Prefiero la hora cuando la anuncian los gallos. En mi barrio habitan al menos dos de esos ejemplares cantores.

-Si salgo a trotar a las cuatro de la mañana por el centro y es como vivir en una granja. ¿Misa de gallo no le dicen? Habrá algunos vecinos originarios del valle, supongo, de esos sentimentaloides incapaces de desprenderse de sus animalitos. Y en el mero centro, ponte a pensar.

-Es tal y como dices, a las cuatro de la mañana. Y mi padre tenía su dicho: el mundo será mundo mientras cante un gallo.

\*\*\*

Aquella noche, antes de dormir, le pongo la alarma a la maquina que no se detiene y supongo que ni la necesito porque los gallos nunca se duermen, nunca se equivocan. Pienso en lo preciosa que se ve nuestra paciente con sus cabellos rojos echados hacia un lado, con su cabeza recostada en el sillón. Sumergida en ese sueño del que no quiere salir a flote desde hace tantos meses.

Acordamos darle un nombre y nos decidió una anécdota contada por Hans: él había mantenido correspondencia con una extranjera, Reidun, gracias a una de estas revistas del corazón. La historia me recordó a *Un idilio bobo*. Memo aplaudió mi inciso, Juanjo dijo que el nombre sonaba neutral y aprobamos la sugerencia sin más discusión.

Cuando pudo emitir ciertos sonidos, a la enfermera el plato se le resbaló de la mano, y estuvo llora que llora. No era por la impresión de escucharla. Dijo que era otro sentimiento, difícil de expresar. Al final admitió que era miedo. Imagino que es la misma reacción que cualquiera de nosotros tendría si una estatua de piedra empieza a interpretar *La donna immobile*.

Pero Reidun no nos regaló ni una palabra. Apenas unos gruñidos. Fue con el pasar de los meses que comenzó a dejar escapar monosílabos coherentes, en castellano; así confirmamos nuestra impresión de que no había perdido su capacidad comunicativa. El lenguaje esperaba por nosotros y por ser sacado con el tirabuzón de la ciencia; extraerlo como se extraen esas bolas de helado de cajas rectangulares: hacía falta la herramienta adecuada, un poco de tino y algo de paciencia.

Los últimos meses nos ha invadido una mezcla de confianza y desengaño. En una ocasión inquirimos, por enésima vez, su nombre, y al fin respondió que lo ignoraba. Fue una frase corta, pero fue un *no sé* que supo a gloria. Mucho más de lo esperado. Tenemos ahora una estrategia y cada día insistimos en averiguar más sobre su vida.

Al mismo tiempo, por las peculiaridades del caso, la sanación suena teóricamente imposible. Aunque Reidun comenzó a elaborar frases más complejas, estaban normalmente desconectadas de nuestras preguntas. Habla normalmente de su sueño, de aquella galaxia apagada en la que está sumergida y a la cual nos es vedado entrar. ¿Puede volver al mundo de lo tangible, valerse por sí misma y vivir sola? Se nos encoge el corazón. En el fondo nos resistimos a perder la esperanza.

Ahora hace el esfuerzo por concentrarse en nuestras voces y en ciertos momentos la lógica parece instalarse en sus respuestas. Confiamos en explicarle que su cosmos es ilusorio. Sus frases esporádicas pueden ser coherentes, y a veces tiene instantes de casi vigilia: puede ver nuestros rostros, puede reconocerlos. Son fugaces, sin embargo. Le gusta el signo de la victoria que hace Juanjo. Reacciona mejor con su vista que con musicoterapia o perfumes. Pero invariablemente vuelve al sopor, pierde el hilo de Ariadna, se desconecta de nosotros y se hunde en el laberinto oscuro de su propio cerebro. Y ya no nos oye, ya no nos ve y empieza el monólogo sobre su mundo por unos instantes más. Después se sumerge en sus tinieblas y sueña con los ojos abiertos durante el día, y cerrados durante la noche.

\*\*\*

-Los hombres nos caracterizamos por este instinto de autodestrucción. Es innato, desgraciadamente.

Juanjo comenta la última noticia del equipo de investigación de los quipus: segunda muerte en seis días. Segundo suicidio, dice la versión oficial. El analista de la radio relaciona el escabroso detalle con la leyenda que cubrió la tumba de Tutankamón.

-Tenemos que hablar -anuncia Memo, y su semblante, completamente abatido, resulta más marcado por la luz: su posición junto a la ventana hace que el sol ilumine su perfil como si fuera el halo de un santo. Se acomoda mejor, para vernos a los ojos.

Su mano derecha se aferra a un manojito de papeles. Hans, junto a él, prefiere ponerse de pie y nos regala una mirada vacilante, extraña en este alemán adaptado a las costumbres andinas. Silencio la radio y me acomodo en el sofá, curioso.

-Esto es solo por el bien de Reidun.

-Explicáte con propiedad –exige Juanjo, y una sombra seria endurece su rostro.

-Hans y yo... Bueno, Hans y yo trabajamos horas extras. Venimos acá en las noches.

Mis ojos se concentran en su boca, en sus palabras que aún están regadas en la habitación y que traspasan mis oídos y me dan vueltas en la cabeza. Regreso a ver a Juanjo: espero de él una mirada escéptica, pero me devuelve una expresión inocua. Memo prosigue:

-Les parecerá extraño, ya. Venimos a trabajar con Reidun.

-Aquí hay otros pacientes además de Reidun.

-Querido Juanjo –Hans habla en un tono diferente, disímil a su modo de ser-. Solo Reidun merece nuestro trabajo extra.

-Nos estamos saliendo de un mínimo de lógica –intervengo-. No vamos a hacer distinciones entre pacientes. No lo permito, colegas.

-¿Eran ustedes, entonces? –súbitamente, Juanjo se dirige hacia mí- Supuse que eras tú.

-¿Yo? ¿Yo *qué*?

-El que venía los martes y sábados.

-Éramos nosotros. Y tú, Juanjo, vienes los viernes y alguno que otro domingo –la acusación, tajante, resuena en nuestros oídos.

Hans asiente.

-A veces vi luces encendidas. Nunca me atreví a entrar –Juanjo se expresa con lentitud-. Pero con el parqueadero vacío, creía que eras tú –y se dirige de nuevo a mí.

-Nosotros dejamos el auto a tres cuadras.

-A ver, a ver. Ya me perdí. -nunca me ha gustado que me hablen en forma de criptogramas y, además, tengo la sensación de estar rodeado por intrigantes-. ¿Qué hacen en la noche con Reidun?

-Tratamos de hablar con ella -Hans echa mano de un tono de voz inocente, otra vez terriblemente disímil en él.

-¿Y qué creen ustedes que yo hago, zoquetes? –Juanjo eleva la voz, para bajarla al final-. ¿Que me la tiro? Yo también trato de ayudarla.

-¿Pero por qué vienen de noche? –estas confidencias me están impacientando-. ¿A qué carajos tanto secreto?

-¿Qué tal si nos vamos a caminar un poco? -Juanjo se pasa la mano por la cabeza.

\*\*\*

-Yo a usted lo conozco –la voz es la caricia de un guante de terciopelo. Doy la vuelta y me topo con el predicador del parque.

Me ve con una sonrisa gigantesca, de anuncio de dentífrico: al joven aquel con manchas de acné en la frente le divierte mi cara de asombro.

-Yo también lo recuerdo.

-Veó que toma usted mucho café. Es malo para la salud. Veo al menos que no fuma. Eso es bueno, mi amigo.

Me pregunto quien le habrá dado permiso para comenzar a repartirme clichés, para entrometerse en mi salud y, sobre todo, para llamarme *mi amigo*, cuando no solo le doblo la edad, sino que además le triplico en dignidad de oficios. Intento de todas formas parecer cortés.

-Es verdad que no fumo. Pero me sorprende que se preocupe. Al fin y al cabo, todos vamos a morir pronto, en el Día del Juicio Final.

Deja escapar una carcajada franca. Su risa me relaja un poco.

-¿Lo puedo acompañar? –se acomoda en la silla junto a mí-. Solo le robaré unos segundos. ¿Ha probado el sánduche de pernil que hacen acá?

-¿Sánduche? ¿Cómo es posible que se alimente de potajes tan fútiles?

Vuelve a sonreír, pero no con la misma llaneza de antes. Aunque creo que me estoy pasando de la raya, no tengo la menor intención de disculparme.

-Aquella tarde lo vi con un amigo –empieza-. ¿No tiene él también pausa de trabajo?

-Tenía que llenar unos papeles.

-Tal vez sea aburrido conversar con él. O conversar con la gente ahora, en general. De lo único de lo que se habla es de los quipus.

-Que curioso que lo mencione. ¿Le interesan?

Niega con la cabeza.

-Los quipus son patrañas. *El Quijote* y *El Principito* son patrañas. La verdad está en la Biblia.

-*El Quijote* y *El Principito* –repito, sonriendo; su comentario me ha descolocado-. ¿Vino para decirme eso?

-Hmmm. Mi amigo, usted tal vez no me crea, pero vine para decirle que me gusta su reloj.

Trato de demostrarle, por segunda ocasión, que sus absurdas acotaciones no me sacan de mis casillas.

-Lo ha mirado con atención desde que se sentó. ¿Lo quiere?

-Por supuesto que no. El día en que entreguemos nuestras almas, los bienes materiales serán... ¿Cómo decirlo? Utilizando su palabra, *fútiles*.

-Una pena que no podamos evitar ese día.

-¡Diablos! ¿Para qué cree que predico? Yo tampoco quiero el Fin del Mundo –acerca sus labios a mi oreja- Si pudiera, mataría a Dios –ignoro si lo dice solo para provocarme, pero su voz es tan baja y su tono tan premeditado que me causa escalofríos-. Quisiera abortar sus designios. Y él seguro lo sabe. Pero ahora solo me

resta pedir un poco de piedad, predicando su palabra antes de que nos llegue la hora. Los hombres, o la gran mayoría, son tan estúpidos que se comerían unos a otros antes de admitir su error. ¿No lo percibe en el aire?

-Utilizando sus palabras: *amigo, usted tal vez no me crea, pero yo sé cuándo será mi Fin del Mundo personal. Y si se diera el caso de un Armagedón planetario, a mí solo me importaría salvar a una sola criatura, a una amiga.*

Me dedica una mirada neutra y se ahorra cualquier sonrisa. Observa por última vez mi reloj y se marcha. Me deja pensando en que prefiero los gallos a los relojes y que, en ocasiones, también prefiero los gallos a los humanos.

\*\*\*

-¿Recuerdas lo que has estado diciendo en estos días?

-Agmmm... ¿Quién habla?

-¿Estabas durmiendo?

-¿Memo?

-¿Podías dormir?

-Oye, son las tres y media de la mañana.

-Hans y yo lo hemos estado pensado. Hemos pensado en lo que dijiste el viernes, eso de que algo grande va a pasar. Ella despertará y dirá su nombre y nosotros la escucharemos fascinados.

-El whisky hablaba por mi boca ese viernes. ¿Están en la clínica?

-No, no. Mira, no va a pasar nada. Eso es lo peor. Somos ciegos deliberados: la curva nos conduce al mismo punto. Reidun se quedará en su estado para siempre. Riodun nos va a hacer mucho daño.

-Memo, estoy cansado. Hablamos mañana.

-No te inmiscuyas más con ella. No imagines más... *cosas*. No pienses en futuros. No hay futuro ni junto a ella ni separado de ella.

-Ahora sí no te entiendo, cabrón. ¿A qué juegas? Lo del viernes fue culpa de *Jack Daniels*.

-Nosotros también nos la imaginamos despertando, riendo, acariciando...  
Nosotros también tenemos sentimientos. Tus amigos, quiero decir. Porque somos tus amigos antes que tus colegas, no lo olvides nunca.

Me parece que está sollozando. Dejo que continúe, pero cuelga sin despedirse.

\*\*\*

Transcurren varios días y la investigación de los quipus ha fracasado. Lo anuncia la televisión en reportajes con abundancia de material de archivo.

A pesar del extraño soliloquio de Memo, descubro que mis colegas siguen trabajando horas extras, que ahora se quedan todas las noches con Reidun, hablándole, obsesionados con resultados inciertos, aferrados a una curación inadmisibile.

Quisiera ser parte de su grupo. Lo he meditado con detenimiento. Aunque no me lo han pedido, leo en sus ojos esa angustia de la espera: quieren que dé el primer paso. Pero me entra el miedo al cuerpo. Tal vez sea suficiente si me compro unos peces de colores.

No sé qué hacer. He soñado con Reidun últimamente. Pienso también en ingresar a algún curso de baile, o inscribir mi nombre en un club de solteros. Necesito más espacio, aire, otra gente. Si Reidun no va a despertar nunca, yo tengo aún algo de vida por delante.

Ella está frente a mí, ahora mismo. Frente a los cuatro. Su voz es clara:

-Los escucho decirme buenas noches, dulces sueños. Una y otra vez. Sus voces se repiten, retumban en mis oídos. Cada vez más débiles.

-Estamos aquí, Reidun. Estamos en una clínica. Tus amigos te rodean. ¿Me ves?

-Ahora te veo, Juanjo. Me gusta ese signo que haces con los dedos. Los murmullos *dulces sueños* siguen ahí.

-¿Te gusta mi signo? Qué bien. Hablemos entonces. Concéntrate en esto que ves a tu alrededor. Concéntrate. No hay voces ni murmullos. Ahora solo hablo yo. ¿Me ves?

-Te veo.

-¿Qué hay a tu alrededor, Reidun? No escuches los murmullos, eso no existe. Solo mi voz. Y tú, y yo, y mis colegas

-Te veo a ti, Juanjo –su voz toma un tono esperanzador, disímil a su monotonía habitual, y gira ligeramente el cuello, algo que raramente hace mientras habla-. Y veo a tus amigos –su mirada cae sobre cada uno de nosotros y contengo la respiración. *Dios mío.*

Aguardamos con ansiedad. Veo al resto: sus rostros desentierran emociones de afecto e ilusión. La cara que seguramente Hans puso cuando nació su sobrina. Los ojos de Memo cuando su equipo quedó campeón y saltó a la cancha a dar la vuelta olímpica. Juanjo y el rostro que he visto en sus fotos de matrimonio.

Esperamos más, un poco más de palabras y cordura y realidad. Pero ella calla.

-¡Eso! ¡Eso! ¡Justamente eso es la realidad! –anima Juanjo-. Dime más.

-El color de tu mandil. El color de tus pantalones...

-Eso ¿qué colores? ¿Qué más? Háblame ¡Háblanos!

-Veo esta habitación, muy limpia. Casi perfectamente limpia. El marco de la puerta, que es de madera lacada. Las ventanas tienen persianas antiguas.

-Estás aquí, con nosotros... –nunca ha hecho una enumeración de ese tipo y Juanjo se contiene, porque si se mostrara tal y como es, estaría al borde de las lágrimas. ¿Qué más, Reidun? –es casi una súplica-. ¿Ves la cafetera? ¿Ves los sánduches?

-Los veo y los huelo. Tienen pepinillo, atún y mostaza. Como los sabía hacer tu ex esposa.

Juanjo da un respingo.

-¿Por qué... me dices eso?

-Las voces vuelven... quieren que duerma. Su tono es de exigencia, Juanjo. Las voces quieren que cierre mis ojos. Yo he estado aquí muchas veces. Yo he hablado con gente como ustedes muchas veces.

-Reidun, estás con nosotros, en esta habitación.

-He hablado cientos de veces con gente como ustedes.

-...

-Mira el signo de la victoria, Reidun.

-...

-¿Quieres un sánduche? –Juanjo se apresura a acercarle uno y ponerlo debajo de su nariz-. Con pepinillo, atún y mostaza. Estamos aquí. Mírame.

-...

-Por favor, Reidun.

-Las voces. Son cientos. Millones.

-¿Por qué hablaste de mi ex esposa?

-...

-¿Reidun?

-Que llamen a la enfermera. Tengo que hablar contigo afuera, Juanjo. Con ustedes tres, quiero decir.

Nos encerramos en la sala de reuniones. Nadie toma asiento. Mejor aún. Estoy tan frustrado y molesto que necesito caminar, aunque sea en estos veinte metros cuadrados. Soy la pantera del cuento ése de Kafka, el felino en su jaula. Encaro a Juanjo:

-¿Desde cuándo le cuentas tu vida?

-Nunca le he contado nada de nada. ¿Qué crees que soy?

-Vienen por las noches y le hablan de sus problemas psico-sexuales. ¿Ah? Le hablan como a una fotografía o a una planta. ¡Pendejos!, ella no merece aguantar tus desahogos. No voy a permitir que la traten así. ¡No se lo voy a permitir a nadie!

Y me marchó, ciertamente molesto, ciertamente triste, sin esperar réplica.

\*\*\*

-Yo a usted lo conozco –suelto la frase solo cuando estoy debajo del farol. No quiero asustarlo en esta madrugada de tormenta: prefiero que observe mi aspecto con claridad.

Apenas la oración sale de mi boca, un par de mujeres pasan junto a mí, me dedican un segundo de su atención y continúan su camino. El transeúnte que me importa, en cambio, gira en redondo, sonrío y se acerca para estrecharme la mano.

Nuestros paraguas chocan, claro. Cuando lo tengo frente a mí, noto con mayor detenimiento sus manchas de acné en la frente y un sello de metal en su solapa: es un pez con crines de caballo.

-Estoy cerca de casa. ¿Quisiera entrar? Tengo café.

-Estoy solo de pasada.

-Ajá.

-Lo vi por aquí, caminando, y quise saludarlo.

-Ajá. Son casi las tres de la mañana. Usted solo pasaba por aquí.

-...

-...

-¿Ocurre algo?

-Creí que me seguía.

El rapaz resulta más observador de lo que esperaba. Mis ojos se concentran en su frente de acné. Desde luego, lo último que cruza por mi cabeza es admitir que lo estaba siguiendo.

-Lo vi ayer en el parque, mi amigo –continúa-. Usted estaba medio escondido detrás del puesto de refrescos.

-Oiga, estaba pensando en algo.

-Dígame...

-...

-Dígame, mi amigo. Le escucho.

-Yo tengo una amiga.

-Ajá.

-Quiero ayudarla. Ahora ya no sé cómo.

-Bien, empecemos por el principio. ¿Qué tiene su amiga?

-...

-Si no habla, no podré ayudarlo. ¿Viene a pedirme consejo?

-Mi amiga es inocente, usted sabe.

-Inocente, ¿de *qué*?

-...

-No sé qué busca. Tampoco sé quien es su amiga, pero si se refiere a la inocencia de espíritu, está completamente equivocado. Nadie es inocente. Está en la Biblia: nacemos con el pecado original y a partir de eso incrementamos nuestros bonos para ir al infierno.

-¿Eso último también está en la Biblia?

-Eso último me lo permito decir yo, mi amigo -sonríe, con una diversión algo perversa-. Ante los ojos de Dios pagaremos nuestras culpas. No importa que tan guapos seamos, ni qué tan ricos, ni qué tan bonitos relojes llevemos en las muñecas.

Y le echa una ojeada al regalo de mi padre con una sonrisa. Yo intento mantener el tono de seriedad:

-Ella es inocente. Ella no tiene riquezas. No tiene conciencia, ni tiene dominio de facultades y...

-¿Qué quiere de mí? Si es consuelo anímico, se va a ir con las manos vacías. La furia de Dios será implacable. Nadie puede ayudar a su amiga.

Me da la espalda y se marcha. Veo su paraguas y su exigua figura alejarse con dignidad. No puedo soportar esa imagen, la apunto con mi índice:

-Miserable charlatán. ¡Si no sabe nada!

Gira en redondo. Sus ojos son taladros: así mira a su público en el parque cada vez que habla sobre el demonio. Grita sin moverse un milímetro de su posición:

-¿Saber? ¿Saber *qué*?

Se acerca hacia mí con pasos apresurados, sus pies chapotean. Contra un basurero va a chocar el paraguas que arroja hacia un lado y, de súbito, lanza su rostro hacia mi oído. Yo echo la nuca hacia atrás, temiendo que quiera arrancarme la oreja de un mordisco. El hace gala de una fuerza que no esperaría en un mocoso de dieciocho: me toma por un brazo e insiste en acercar su boca a mi oreja.

-¿Quiere averiguar quién *sí* sabía? ¡Lucifer *sabía!*

Aparta sus labios de mi oído, pero no deja de aferrarse a mi brazo. De frente, nuestros rostros casi pegados se desafían. Su aliento no tiene trazas de alcohol, como esperaba. Un relámpago rasga las tinieblas al fondo.

-Lucifer, el ángel de luz, se rebeló contra Dios, que es todopoderoso y omnisciente. ¿Se ha preguntado usted por qué inició una guerra?

Trato de mirarlo con detenimiento, pero su cercanía me incomoda. No quiero perder contacto con esas pupilas y al mismo tiempo no quiero desnudarle que mi bravura tiembla acurrucada en algún lugarcillo oscuro de mi interior.

-Hay una tradición muy vieja que tal vez, mi amigo, usted ignore. No sé si valga la pena que se la diga.

Por una fracción de segundo echo un vistazo hacia mi costado: un par de personas se han detenido en la otra acera. No pueden oír nuestra conversación, pero aguardan expectantes. Tal vez suponen que el muchacho del acné intenta robarme la billetera.

-Sí. A lo mejor no vale la pena -finaliza.

Me suelta el brazo y sus ojos traspasan los míos. Parecen inmiscuirse en mis sesos, hurgar en mi pensamiento y mis secretos. Da la vuelta y camina unos pasos. Se detiene y habla sin volver la vista hacia mí.

-No se la diré. Pero hay otra tradición, relacionada con la anterior. Dice que para esa época ya vivían hombres. Dice que los hombres ayudaron a Satanás en su lucha contra Dios.

Habla lo suficientemente alto como para que su voz se escuche por sobre la lluvia: un regalo para los dos transeúntes.

\*\*\*

Camino sin rumbo fijo. Es la madrugada del viernes y el centro de la ciudad prosigue en ebullición a pesar de los truenos, decididos a quedarse, y de la lluvia que resulta vigorosa y molesta. Mi teléfono móvil empieza a ronronear. Es Juanjo. Por su voz descubro que algo extraordinario ha ocurrido:

-Es un milagro. ¡Está despertando!

-¿Reidun? –y el corazón me da un vuelco.

-Se expresa con más fluidez, me reconoce. Y recuerda cosas de su pasado. Algo en metáforas, todavía. Pero siento que falta poco... Desde hace veinte minutos está así, casi completamente lúcida... Es un milagro.

-No puede ser -mascullo.

Me dice algo más y cuelga.

Estoy lejos de la clínica. Tengo ganas de saltar la fila de gente que espera por un taxi, tengo ganas de decirles que ésta es una situación de vida o muerte, pero me contengo. Tal vez sea mejor esperar a que Reidun despierte del todo. No ver el proceso, solo el resultado. Ya para esta hora lo sabrán Hans y Memo. Estarán en camino. Tal vez hayan estado todo este tiempo junto a Juanjo, junto a ella. Estarán llorando, como yo. Estarán abrazándose de felicidad, apretando los puños de impaciencia. Querrán abrazar y besar a Reidun de alegría.

Siento que necesito un café. Como un ebrio, llego a tumbos al lugar más cercano y pido un expreso. Tengo los ojos envueltos en lágrimas: la mesera, asustada, me pregunta si necesito algo más. Le digo que no, que no se preocupe. Que solo un café, gracias.

La televisión está encendida. Desde luego, ahora no puedo concentrarme en lo que dice el locutor. Tengo mis propias preocupaciones y alegrías y miedos.

¿Después?

Después no sé. Tal vez se rompa la amistad con mis colegas. Porque cada uno cortejará a Reidun. Cada uno querrá verla dormir, como en los viejos tiempos, pero en la cama de su propio dormitorio. Cada uno querrá despertar por las

mañanas con ella, pero ya no solo con su recuerdo, sino con sus mejillas sonrosadas reposando sobre la almohada. Y con su sonrisa, que nadie ha visto aún, pero que es tan valiosa por el solo hecho de imaginárnosla a nuestro antojo.

No sé si entonces la podremos llamar por su nombre verdadero.

La mesera llega con el café. Se lo agradezco con una sonrisa amplia y una generosa propina. Hay que cambiar el rostro: ¡hoy es una noche de fiesta! La más feliz de todas. Emociona, y atemoriza, comenzar un nuevo ciclo.

La televisión informa sobre el jovenzuelo ése que encadenó a su padre en el sótano. Las cámaras están pegadas a él, en una entrevista clandestina en su celda del Centro de Detención de Menores. Dice que ha pensado en suicidarse. La luz, que le da de lleno en la cara, lo obliga a parpadear varias veces y a utilizar su mano como visera. Añade:

-No podía matarlo. No a mi propio padre.

Pienso en esa cara agobiada. En sus ojos y su tono de lástima. Un tono que pide condescendencia por su debilidad, una debilidad que radica en su condición de ser humano. Su tono ruega tácita indulgencia por el deber inacabado de matar a su progenitor.

Casi me da un infarto. De súbito, se me aparece el rostro del joven del acné. Está frente a mí. Sin que pueda evitarlo, aferra su mano a la mía, que descansa sobre la mesa. Me la sujeta a la madera con fuerza, como si fuera un gancho, como si su palma fuera un arpón que se hubiera tropezado con el lomo de una ballena. Algo de lluvia se ha acumulado en su cabello, pues surcos de agua le recorren el rostro. Su aliento ahora es de cerveza:

-Lucifer, el ángel de luz, se rebeló contra Dios, que es todopoderoso y omnisapiente. ¿Se ha preguntado por qué? Porque sabía que podía triunfar. Obtuvo aliados en otros ángeles. Una tradición muy antigua dice que el diablo ganó la batalla y ahora se hace pasar por Dios. Y es evidente que Dios perdió: solo observe a su alrededor, a este mundo repleto de miserias.

Suelta mi mano y se marcha de súbito, tal y como ha llegado: es un remolino con chaqueta amarilla, muy notoria; para mí una tromba (de ímpetu explícito) y acné (imposible de distinguir ahora, a la velocidad con la que atraviesa la puerta). Los demás clientes del café lo siguen con la mirada y después dedican un segundo de su atención a mi humilde persona. Luego continúan sus charlas, le prestan más atención a sus propios potajes o a la pantalla.

Ahora en la televisión están hablando del fracaso del proyecto de los quipus. Sin embargo, suponen haber logrado la interpretación parcial de unas pocas cuerdas. Los periodistas filtran la pesquisa:

*No podíamos matarlo, así que nos hemos encargado de hacerlo dormir por toda la eternidad.*

Una frase fuera de contexto, dice el locutor. Una frase imposible de ser aplicada a ninguna de las tradiciones orales de las tribus en la sierra centro. Una frase que, además, está sujeta a dudas por la forma en que se ha llevado a cabo el análisis.

Nunca he sentido el pavor que siento ahora. Tomo mi teléfono. No puedo hablar con Juanjo, ni con Memo, ni con Hans. Grito improperios de frustración antes de salir corriendo de la cafetería. Sé que he provocado pánico entre los clientes.

Lo que no sé es si puedo evitar una tragedia o no.

Hay una larga fila esperando por un taxi. Intento ver a un policía. Muevo mi cabeza, sin sentido, de un lado para otro. Una mujer, timorata, se aproxima:

-¿Se encuentra bien?

Solo ella se ha acercado. Nadie más viene en mi ayuda. Estúpidos, el cortejo que me rodea me mira embobado. Estúpidos, todos me miran como si el loco fuera yo.

-¡Dios mío! —exclamo con todas mis fuerzas y me desplomo, exhausto, sobre el pavimento.

Impotente, dejo caer la vista para descubrir que mi muñeca está desnuda. Y no escucho los gallos. No, no los oigo, y estoy seguro de que son las cuatro.

## *INSOMNIA*

Invadida por la sensación del río de lava, de los pulmones llenos con el aire caliente de la excitación y el alcohol, tomó la iniciativa y su brazo rodeó el cuello del chico. Pancho actuó como su cómplice. Habrá influido también el whisky. Manuela oía su propia voz, complacida por barajar con facilidad bromas y sandeces; encantada de que sus labios ocasionaran ese continuo desgranar de risas; satisfecha de cosechar esas carcajadas en voz de barítono de Pancho, esa presión de aire hilarante en el cuello del chico que le inflaba la yugular, que le afectaba sutilmente esa pinta cautivadora.

Afuera, oscuro, ya habían dado las ocho, tres horas después de que la reunión se iniciara con música y un poco de alcohol. Manuela jamás había pisado esa casa. Intuía que era de aquel muchacho que hablaba sobre la Liga con Celina (siempre desafortunada con los chicos) en un rincón. No eran sino seis: aparte de ella misma y de aquel par que departía sobre fútbol, se encontraba el resplandeciente Pancho (se habían conocido aquella tarde, y el macho ya se dejaba mangonear): y también Pao, a un costado, desplegando sus plumas y pavoneándose frente a Jorge.

Solo Manuela y Pancho la notaron bajar por la escalera de caracol. Los otros permanecían arrinconados, embebidos, atragantados en sus propias conversaciones. Era una cincuentona en camisa de dormir -con diseños geométricos, en colores chillones- y un gorro elástico en la cabeza. Intentó pasar discreta, rápidamente hacia la cocina, pero entonces fue descubierta y los saludos no tardaron en lloverle. La mujer respondió con apuro, abriendo la nevera de golpe como si quisiese terminar con su misión lo antes posible.

Manuela, animada por su última broma, bajó la voz hasta susurrar en el oído de Pancho el apuesto, murmurar como un arroyo en esa oreja irrigada por la indiscreta yugular:

-¿Y esa vieja ridícula?

Transcurrieron un par de segundos, pero la percepción del tiempo se veía afectada por el aguardiente. Las imágenes en Manuela se cincelaban con un exceso de parsimonia y artificio como si la escena se desarrollara en el fondo de un estanque. Antes de descubrir que Pancho era capaz de adoptar una voz ajena, Manuela intuyó la importancia del lenguaje que saldría de su boca, lo que estaba por venir, y no guardaría el recuerdo del chico gracias a la yugular ni a las historias de barrio, ni a su aliento a whisky barato ni por el suéter que parecía pijama. El tono era de lo rocoso y perdurable, de lo que no se puede borrar, de la huella de fuego; y dejó escapar esa frase equivalente al signo de Caín que, cual marca maldita, se impregna en la piel como un sonrojo pero mucho peor, se impregna en lo no tangible tornándose en marea que viene y va, una y otra vez, una marea colorada para perseguir y torturar la memoria horas, meses o años más tarde.

-Esa vieja ridícula es mi mamá. Usa el gorro porque tiene cáncer.

Manuela, a sus diecinueve, se definía como una atea por culpa de un rezago rebelde de su educación en un colegio de monjas. Cuando Pancho se deshizo del brazo sobre sus hombros y Celina se acercaba para proponer el final del juego – atestiguó sorprendida el movimiento brusco del chico- , a Manuela le hubiera gustado creer en un dios piadoso, en una criatura que lo veía todo y que la matara ahí mismo, fulminándola con un rayo u ordenando a la tierra abrir sus entrañas y llevársela muy al fondo. Que la librara de la vergüenza, el dolor, el ridículo penoso, y sobre todo, del regreso de aquel recuerdo como marea, violento –impredecible como asesinato-, ese recuerdo que ya sabía –lo sabía bien- iba a atormentarla, a perseguirla para morderla, para martillarla en sus horas más débiles, en sus momentos de descanso.

Ya en el automóvil, y con Paola al volante:

-¿Qué le hiciste al Pancho? -había notado que, en el portal, él había evitado despedirse de Manuela.

-Nada.

-Qué pasa, Manuela. ¿Le quisiste mucho?

La sonrisa disimulaba el caos: Manuela negó con la cabeza.

-Olvidalo. Además –Pao la observó en el espejo retrovisor- en Suiza te vas a encontrar a hombres de verdad. Hombres de rechupete

–¿Cuándo te vas? –intervino Celina, por vez primera.

-En tres semana. Un jueves, exactamente.

-Rica vida.

A las nueve de la noche Manuela ya estaba en la casa de Celina, preparándose para ocupar el sofá. Hablaron insensateces antes de arreglar los detalles del próximo día: madrugarían en pos de algún boleto revendido para la semifinal con el América mexicano. Celina inquirió sobre Pancho, pero obtuvo una respuesta imprecisa sobre lo anómalos que podían ser los chicos.

Tragada por la oscuridad, sin compañía, Manuela se puso a hacer un resumen de su particular semana sórdida. En su mente brilló la imagen de su madre tal y como ella solía verla, hacía muchos años, en la televisión. Entonces no sabía que era su mamá. Se entretuvo enfocando su rencor en aquella mujer que sería aún joven, bonita, sangre de su sangre, y su pensamiento se relamió en toda esa familia materna, cuencana, seguramente conservadora y probablemente distinguida, de gusto impecable y bautizos con almuerzos en hoteles de lujo. También eran sangre de su sangre. Dudaba de si todos en esa cepa conocían o intuían de su existencia. Los abuelos, con seguridad. Y uno que otro tío viejo.

Se echó hacia un lado, cerrando los ojos con fuerza, como si obligara al sueño a presentársele. De la madre, aquella damita de buen ver que vivía en la misma urbe, carecía de cualquier recuerdo personal. No se la habían presentado todavía, aunque la Gorda (clavándole, sin querer, una evocación que también volvía a su mente como marea) le había participado de cierto detalle: antes de su tercer cumpleaños, la madre la visitó un par de veces. Con algo de distancia. De frialdad. *Creo que disimulaba*, completó la Gorda, intentando que la anécdota finalizara de forma menos lúgubre. *Al fin y al cabo, ambas veces vino con el esposo.*

Nunca había intercambiado una palabra con su madre. Y a ella, a Manuela, tampoco le interesaba conocerla. Menos ahora que la rumiaba con obstinación, pensándola tal y como aparecía en la vieja época de la tele, con sus mismos ojos y cierto aire suyo en cualquier gesto inesperado, en cualquier mueca. Esa mujer que ahora era locutora en la radio. No la escuchaba nunca. Nadie sabía lo de ella, lo de su madre, excepto Celina. Para el resto (y para ella misma hasta los 14, cuando se enteró de la verdad) se había alimentado una fábula: su madrecita, abnegada y hacendosa, viajó a España a inicios de 1991 para establecerse y buscar un mejor futuro familiar.

Su reloj parpadeaba: eran las once. Dos horas de desvelo. Se puso de pie, vistiéndose despacio. En silencio se acercó al dormitorio y aunque la puerta estaba entreabierta, golpeó con suavidad:

-Tengo que volver. Donde Pancho, digo -Manuela habló en susurros: no quería despertar a los padres de su amiga en la habitación de a lado-. Vamos.

-¿Ahora?- Celina la miró desde la penumbra y comprendió que algo grave se estaba cocinando-. Dame dos minutos.

\*\*\*

Tomaron el trolebús. Celina hablaba con entusiasmo mientras la otra, sonriente, respondía con puros monosílabos. A Manuela esto le gustaba de sus amigas: su independencia y el desprecio, la falta de miedo a esta ciudad extraña. Dos chicas que al rato iban a recorrer las calles a medianoche. Sus amigas del curso de alemán, en una encuesta, respondieron que nunca saldrían a una cita amorosa si el chico no disponía de auto propio. Querían ser retiradas y devueltas a su hogar como princesas en carrozas, bromeó Manuela, y nadie en el curso encontró gracioso el chiste, ni siquiera cuando lo tradujo al español. En otra pregunta de la misma encuesta, la mayoría tampoco aceptaba el taxi como una opción. A Manuela se le ocurrió algo, pero aquí prefirió ahorrarse la burla.

Tras bajarse en una parada del sur se pusieron a caminar sin sentido por el barrio de Pancho. De a poco confirmaron sus temores: eran incapaces de ubicar la dirección exacta.

-Espera, necesito un plan –Manuela se pasó con algo de angustia la mano por la cabeza. Susurraba en plena calle, como si temiese perturbar la tranquilidad de las sombras.

-Si me explicas qué exactamente hacemos aquí...

Fueron a una cafetería cercana. Ofrecían donuts y chocolate en horario continuo, y eso sedujo a Manuela. Apenas se sentaron, entró una niña fachosa con un puñado de flores.

-¿Te le vas a declarar al Pancho? –se burló Celina, cuando vio que Manuela compraba una.

-Aquí viene el plan, Celi – anunció, tras pedir dos cafés y un esferográfico-. ¿Puedes hablarle a la Pao? Pregúntale la dirección. Yo tengo que escribir –y deshizo los dobleces de la servilleta hasta conseguir un papel fino y amplio.

-¿Te le vas a declarar en una servilleta? –ahora Celina sonaba algo preocupada.

-Dame tres minutos, ¿sí?

Pao no se ponía al teléfono: era casi medianoche. La amiga le envió un mensaje de texto por si acaso mientras Manuela le daba los últimos toques a su propia confesión.

-Celi: gracias por la ayuda. Si no hago esto, no voy a poder dormir.

-Igual no vas a poder dormir –profetizó la otra lentamente-. Estas noches te escucho murmurando. Te revuelcas en tus sueños como una criminal.

-Verdad –se le hizo difícil pronunciar las palabras-. Tampoco dormiré en paz. Lo siento en los huesos, en la piel.

-¿Quieres pastillas?

La otra negó con la cabeza.

-Quiero disculparme con el Pancho ése.

-Disculparte de qué.

Manuela le puso al corriente. Al final, Celina terminó su taza tras un sorbo largo.

-La regaste y se acabó. No has visto a Pancho antes de hoy y no lo vas a ver en el futuro. ¿Para qué la servilleta y la rosa?

-No puedo dejar esto así. Necesito que me perdone.

-Te estás volviendo obsesiva. Tiene relación con el viaje, ¿no? Andas sensible como muela cariada.

-No me quiero ir, Celina. Aquí están mis amigos -se tomó un par de segundos antes de echar mano de las palabras-. La Liga, los lugares en los que farreo, no me quiero ir.

-Entonces no te vayas.

Manuela negó con la cabeza y encendió un cigarrillo.

-Tú sabes quien fue Alberto Spencer.

-¿Cambiamos de tema? –se preocupó la otra.

-No, el mismo, pero usamos ahora una metáfora de fútbol –le dio un sorbo a su capuchino-. Bueno, serán dos. Y una fílmica. La primera: Alberto Spencer se saca la mugre y triunfa en el Barcelona de Ecuador. Años cincuenta. Finales. Le va tan bien que el Peñarol uruguayo se lo quiere llevar. Alberto es de un pueblito de pescadores en la mitad de la nada.

-Ancón.

-Sí, Ancón –y se alegró de que su amiga se interesase más en el fútbol local y su historia-. Y ahora tiene que ir a jugar en el mejor equipo de América.

-Esa historia ya me la sé.

-Lo que supongo que no sabes viene aquí. Unos días antes de su partida, la madre le encuentra a Alberto desconsolado. *¿Por qué lloras, mijo?*, le pregunta la vieja. *No quiero irme, mamá. Quiero estar aquí con ustedes, con mi gente.* Recuerda, Celi, que éste es un joven tímido, sin educación formal, que no conoce nada del mundo ajeno a los peces, el mar y los estadios de clubes locales. *Entonces quédate*, le ruega la vieja.

*No puedo. Irme al Uruguay es lo mejor para mí.* Ergo: a veces lo que es mejor para uno, no es necesariamente lo que más nos gusta.

-Gracias, Petete –Celina soltó una risa franca–. Además es un atrevimiento compararse con Cabeza Mágica, ¿no? Dime la otra metáfora futbolera, tal vez me la sé.

-La leí en la página web del Deportivo Quito.

Celina soltó un insulto, asqueada.

-¿Puedes creerlo? –Manuela continuó, feliz de que su amiga se sintiese cada vez más como miembro de la familia liguista-. A veces hay poesía por allá. Hace unos meses, uno de ellos comentaba su sequía de títulos...

-Cuarenta años.

-... usando la palabra *crisis* desde su origen. ¿Sabes lo que significa?

-Oportunidad.

-No. Esos giles que hacen manuales de autoayuda dicen eso, *oportunidad*. Te pregunto por la palabra según los antiguos griegos. Ellos echaban mano de *crisis* para describir algo que tenía que nacer y no nació, o algo que tenía que morir y no murió. Y como resulta que tú estás esperando algo que tenía que pasar y no pasó, es que se produce un desbalance. El equilibrio griego se rompe: aquí aparece la *crisis*.

-Y tú estás en crisis.

-Yo estoy tratando de averiguar qué es lo que tenía que haber nacido para ver si lo ayudo a parir. O dar con aquello que debo estrangular con las manos. Y que me deje dormir, y que me deje largarme en paz a Suiza.

-¿Te va a ayudar pedirle disculpas al Pancho?

-No es solo eso. Pero me hace bien soltar la lengua. Gracias por acompañarme hoy, no sé ni cómo pagarte.

-Había una tercera metáfora.

-Y ésta no es futbolística. ¿Te acuerdas de *Insomnia*?

La otra asintió antes de llevarse a la boca el capuchino de su amiga: habían visto el filme en la Casa de la Cultura una noche de junio. Ambas tenían dieciséis y Celina sentía entonces la influencia de Manuela, y a ambas ya las cubría la fuerza y el liderazgo de Paola.

-Cuando Al Pacino habla con la recepcionista. Ella le dice que en Alaska hay dos tipos de personas: las que nacieron ahí y no tuvieron las agallas de largarse. Y las que no nacieron ahí, pero huyen de algo.

-¿Y?

-Para mí Suiza es lo mismo. Creo que escapo, pero no estoy muy segura de qué. Lo peor: siento que tengo que irme por solidaridad –aquí bajó la vista-. Estamos en proceso de despoblar Ecuador. Es un gil quien tiene un chance y no se larga. Una pequeña, ínfima parte de mi ser se va solo para que no me digan boba. ¿Me explico?

-Parcialmente –farfulló Celina-. Pero la otra, la historia de la palabra *crisis*, sí que era simpática

-Quien sabe si es cierta. Ningún hincha del Deportivo Quito tendrá jamás el cien por ciento de mi confianza.

-¿Quieres una historia griega? –tomó una de las donut de la bandeja-. La palabra *compañero* significa *comer del mismo plato*. Esto es algo que solo hacen los humanos: compartir la comida. Los animales se despedazan por un hueso con un trocito de carne. Nosotras y nosotros, en cambio, dejamos de lado la materia básica para llenarnos el espíritu. Yo debería estar durmiendo, pero aquí me ves colaborando con la locura de un plan, ayudando a la felicidad esquiva de un ser querido. Así que para eso estamos, compañera, para compartir, hablar y nos volvemos más humanos.

-Eres una poetisa, Celi –ambas hablaban de asuntos que Pao, la jefa del grupo, no habría conseguido apreciar-. Homero es ameaba a tu lado.

-Ahora quiero que me escuches –se echó hacia adelante en su asiento-, porque viene una historia onírica. Tú has tenido pesadillas últimamente. Yo, en

cambio, he tenido un sueño repetitivo. Se me aparece el guayaco Mendoza. No me interrumpas –el gesto detuvo a Manuela-. Han pasado cuatro años, ya sé. Pero este sueño es más o menos el mismo en los últimos días. No es un mal sueño.

-Estás más obsesionada que yo. Y es tu propia culpa.

-¿Mi culpa?

-¿*Mi culpa?* –imitó con una voz alelada-. ¡Tu culpa! Porque es el único agarre que has tenido. ¡Tu culpa! Porque ya es tiempo de títale los perros a otro.

-Ya he averiguado donde vive. Quiero que me acompañes mañana. Después de lo de las entradas de fútbol.

-Celi...

-Puedo ir sola, ya sé, ya sé, pero quizás el guayaco viva con su novia o su esposa. Y si hay agarrones de pelo y mordidas, mejor tener a mano a mi machona.

-Celi...

-Aunque hay que tomar en cuenta...

-¡Cállate! –subió la voz y el rostro se le puso colorado- Cállate, Celina. Cállate –bajó el tono, aunque roía las palabras-. Vi a al guayaco Mendoza hace como un año, en una fiesta. Le preguntaron si tú habías sido su novia y él lo negó todo.

Celina inspeccionó con cuidado los ojos de la otra solo para descubrir que no mentía.

-¿No ha respondido la Pao? –soltó Manuela, sin saber qué agregar.

-No, no pienso en él –apenas balbució, mientras veía el teléfono-. Es solo que tuve esos sueños y el guayaco aparecía de distintas forma. Nada más: sueños. No estoy en crisis. No tengo nada qué matar, compañera. No, la Pao no ha contestado.

-¿Sabes? –Manuela miró su reloj-. Demos una vuelta. Tal vez ahora tengamos suerte.

\*\*\*

Con las manos en los bolsillos esos zapatos comenzaron otra vez a comerse las calles del Recreo. De cuando en cuando lanzaban palabras esperanzadoras,

como si reconocieran cierto portal, una esquina por aquí o alguna tienda cerrada de abarrotes por allá. Después de unos minutos apreciaron el silencio de las tinieblas, le rindieron tributo con sus respiraciones medidas, y a Manuela le dio por ponerse a pensar en su padre. Habían pasado diez años desde su último abrazo. Fue él quien en la terminal aérea la estrujó contra su pecho. La respuesta de Manuela fue tímida: aún no escuchaba del otro las disculpas por la tarde anterior. Como la palabra *perdón* nunca salió de sus labios, la hija no conocería después el significado de *olvido*: la marea insistía en traerle ese último dolor, punzante, hondo.

Por lo esporádico de las apariciones de su padre, Manuela siempre había comparado su niñez con la de una huérfana. Desde que tenía memoria recordaba esas visitas a la ciudad un mes cada año. Esa costumbre se mantuvo hasta que ella cumplió los nueve. El hombre desaprobaba cada vez más la tendencia varonil de su hija, su interés en subirse a los árboles, en pelear con los muchachos, en negarse a las labores de cocina. Aquellos disgustos cuando recibía como regalos vestidos o *barbies*. Su fortaleza, su pinta de rebelde carapálida, su poca higiene. Le molestaba, como si fuese una ofensa personal, que la linda Manuela tuviese esa tendencia a vestir e imitar lo masculino. Y aquella jornada antes de la despedida, cuando el padre se enteró de que la chica no sabía manejar una bicicleta, prácticamente la obligó a montarse en una mientras le susurraba en un revuelto de esperanza y cólera contenida *¿Quieres ser un hombre? A ver cómo te las arreglas*. Así la empujó hacia el fondo de la calle Solano que al principio, cuando era pequeña, siempre le pareció que era como una serpiente casi infinita, extensa, de cuidado, y que al final terminaba por desembocar en una bajada abrupta, las aceras continuaban pero fuera de la vista para proseguir en ese declive urbano, en esa trampa pronunciada que era la madre de todas las pendientes del barrio y que a su vez estaba cortada por otras vías de congestión vehicular, por otros pasadizos no aptos para ciclistas, que a su vez se abrían paso hacia otros laberintos mortíferos. Incapaz de mantener el control –la bicicleta era muy grande para su tamaño: apenas conseguía conservar el balance en línea recta-, a Manuela le dio por aullar de miedo conforme la bajada

se le venía encima de a poco. En el último instante movió abruptamente el manubrio para chocar contra la vereda, caer y detenerse. Volvió a casa corriendo, sin prestar atención a los gritos de los adultos. Mucho después, con la tortura ya bien instalada en su memoria, fuera en el sueño o en la vigilia, se veía de nuevo tras el manubrio, otra vez la estampa de la pendiente aproximándose, sus propios gritos destemplados, de nuevo el terror, los alaridos de coraje de los adultos que en su cabeza parecían terminar en carcajadas, su padre sonriendo, tal vez realmente divertido, tal vez solo para ocultar lo absurdo de la situación. Y supo que algo se había lastimado en ella.

Con los años su pecho se desarrolló exhuberante, lo que era un atractivo para los chicos del barrio. Pero también sus brazos se volvieron musculosos tras tanto ejercicio en las barras y su boca no dejaba de llenarse de improperios y gargajos en una pelea verbal. Además de los conciertos de *heavy*, fomentó su otra afición, la del estadio. Iba al fútbol con frecuencia, con gusto, junto a la gente de la Muerte Blanca. La tímida Celina, la chica de la cara de ángel y senos enanos, la muchacha de los pechos como manzanas, la acompañaba a cualquier sitio.

Mientras tanto, y sumido en su propio mundo, aquel padre diplomático postergaba sus ciclos de regreso, las vueltas de cuatro años a Ecuador intercaladas con cuatro en el extranjero. Gracias a sus contactos siempre permanecía afuera, en Europa o Asia. Y desde aquella vez de la bicicleta nunca lo había tenido en frente. Los siguientes años habló con él de mala gana por teléfono. La Gorda le rogaba que fuera un poco más comedida, y casi sin notarlo, Manuela comenzó a tomar la charla paterna (tenía lugar cada dos o tres semanas) como un ritual inútil, pero como una parte de su vida que se acepta, que ni se disfruta ni se evita, como lavarse los dientes o peinarse.

Ahora el padre quería que fuera a Suiza. Indefinidamente.

-Tengo que pedirle disculpas al Pancho, Celi –dijo Manuela de pronto y sus ojos se afectaron ligera, fugazmente. Frente a Pao, ninguna de las dos podía darse el lujo de ser sentimental. Manuela ni siquiera llamaba *Celi* a su amiga. Con Pao

observando, el apodo era *Choneña*. Eran duras, así debían mostrarse dentro del grupo. Así también eran ante el resto.

-Estoy que me coagulo -no se le ocurrió nada más. Se frotó las manos exagerada, teatralmente, y las calentó con su aliento.

Entraron a un bar. La música era baja. Había cierta luz tímida, lechosa. No estarían más de media docena de jueguistas y uno de ellos, un chico joven, lucía una camiseta del Emelec y cabello ensortijado que obligó a Celina comentar *Se parece al guayaco Mendoza*, mientras la otra, asombrada, asentía. Ambas permanecieron en la entrada, mirando a la clientela, como si sopesaran irse o no. Nadie les prestaba atención. Celina tomó aire: *Ese guayaco tenía hermanas mayores. Una había estado con su novio ocho años, de pronto terminaron. La primera semana estuvo con antidepressivos. Para la siguiente ya había conseguido un nuevo chico. Tres meses más tarde se casaba. Manuela asintió de nuevo, sin saber adónde llevaba la anécdota. Otra prima suya, después de la universidad, se fue al extranjero. A Italia.* Entonces Manuelo dio pasos lentos, estudiados, hacia el barman, y Celina siguió sus pasos. Manuela dejó la flor en la barra.

-¿Va de visita a su novio?- inquirió el cantinero, con una sonrisa.

-Busco una casa, la del señor Pancho Ortega. ¿Lo conoce?

El otro negó antes de agacharse un instante para ofrecer, de vuelta, una guía telefónica.

-Tal vez tenga suerte.

Manuela agradeció con un gesto de cabeza, pidió dos Guinness y se puso a hojear el libracó sin mucho ánimo. Celina, quien miraba con disimulo al muchacho de la camisa azul eléctrica, prosiguió con voz suave:

-El guayaco Mendoza tenía también un primo. Después del colegio, se le ofreció el chance de ir a la Central. Pero prefirió largarse a Galápagos, a trabajar como cocinero en uno de esos barcos para turistas. No era ningún chef, pero a bordo se necesita solo lo esencial. Si sabes cocinar arroz y pescado, y te sobra imaginación para alguna variante vegetariana, pasas el test sin nervio.

-¿A qué viene toda esta verborrea inútil? –Manuela inquirió sin mostrar fastidio, completamente neutral. Ni siquiera se permitió levantar los ojos de la guía.

-¿No ves? Los momentos de crisis aparecen ante la expectativa del nacimiento o la muerte. Al final del colegio, al final de la universidad, al final de un trabajo cansón, al final de una relación amorosa. Al final de la rutina. Cuando decidimos que la repetición tiene fecha de caducidad.

Manuela se animó a despegar la vista de la biblia telefónica.

-Decidimos bajo presión y a veces matamos en vez de dar a luz, ¿no te parece? Pero hay que elegir. No se puede ser estudiantes por siempre, aunque sea muy cómodo. No se puede ser irresponsables por siempre. ¡Hey! Acaba de escribir la Pao –anunció triunfante, y tardó unos segundos en continuar- Nos da solo el teléfono de Pancho.

-No necesitamos su teléfono –recordó Manuela con desesperación, cerrando la guía.

-Déjame llamarle –y Celina estuvo un minuto con la oreja pegada al celular-. No contesta: la Pao se echó a dormir.

-Esto no puede estar pasando.

-Hoy no vamos a dar con su casa.

-Tenemos que dar.

-Si tanto te urge, envíale un sms. A lo mejor está despierto.

Manuela miró alternativamente al celular y a Celina, sacó su propio teléfono y comenzó a atacar con furia el teclado. Su amiga, mientras, se quedó sin soltar palabra, dedicada a mirar al guapo de la camiseta azul encendida. Conforme pulsaba las letras, Manuela podía adivinar los pensamientos de la otra, intuir las comparaciones, y le entraba rabia con ella misma, con su amiga y con el destino porque Celina era tan buena y le habían tocado esos pechos tan pequeños y esa timidez tan grande y, para remate, ese emelecista infame de los cabellos ensortijados, el Mendoza aquel que gustaba de parrilladas por culpa de su abuelo argentino. Recordaba con molestia un par de reuniones donde Mendoza asaba la

carne con sus amigos mientras chillaba que era una labor de hombres, como si previo a comerse esos cadáveres hubieran cazado al animal a punta de lanzas. Para las mujeres reservaba las tareas de aliñar y lavar los trastos. Ella se rebeló y Mendoza, entre divertido y asustado, no quiso ponerla a prueba. En cambio, una discreta Celina colaboró en ambas ocasiones con la limpieza.

-¿Escribes un poema épico? –ironizó sin aviso previo.

-Casi estoy lista –respondió Manuela- Dame su número.

Apenas le hubo enviado el mensaje, se guardó el aparato en la chaqueta y propuso a Celina sentarse al fondo. *No hay mucho más que hacer esta noche: ¿acabamos la cerveza y nos vamos?*

-Quiero que Pancho me conteste –respondió Manuela-. Y después nos vamos.

-Son la una y media: debe estar soñándote.

-Si no recibo contestación, no voy a poder dormir.

-Si ya quedamos en que no vas a poder dormir. En casa vemos una película hasta que sea la hora del desayuno. ¿Qué dices?

Manuela se mordió los labios. La otra se decidió por un giro y al poco estaban discutiendo sobre Guerrón y Urrutia. En cada sorbo de cerveza Manuela parecía paladear un cáliz de hiel. La preocupación le cincelaba la frente y la mirada.

-La regaste con Pancho. ¡Pero ya está! Deja esa cara de borrega ahorcada: No lo vas a encontrar de nuevo en tu vida. Alégrate.

-No quería insultarle a la vieja.

-Ese es el problema: la *vieja*, ¿no?

Manuela no supo qué responder, pero sopesó contestarle con improperios porque ese tema no se lo tocaba nunca.

-Mi única madre es mi tía –anunció con lentitud.

-Entonces cuéntame eso, Manuela –se echó hacia atrás en la silla; la otra se buscó, con desesperación, la cajetilla de cigarrillos-. Cuéntame por qué estos días duermes en mi casa y no con tu abuelita y tu tía.

-Ya te dije –el pulso le temblaba al encender el fósforo-. Tuve una discusión con la Gorda

-¿Y si fueras más comunicativa? ¡Compartel! Recuerda la palabra *compañero*, compañerita.

Manuela exhaló el humo y se quedó en silencio, como tanteando la invitación .

-Llegué el sábado a casa después de la caída que tuvimos. He olvidado... –se refregó los párpados con la punta de los dedos, como si quisiera poner una cortina a su realidad-... Últimamente he hecho algunas cosas absurdas. No sé, me he olvidado de encargos. La Gorda me pidió comprar algo para el perro. El pobre *Shampoo* está medio maluco – volvió a darle una pitada al cigarrillo-. Ya sabes lo mucho que la Gorda quiere a ese animal. Y yo llegué medio mareada y sin las medicinas. Me retó. Le contesté. Mi pobre abuelita trataba de poner paz. La Gorda me dijo que yo era una desconsiderada y alguna otra cosa. Ahí la lengua se me escapó y ya no fue mía, ya no era yo tampoco.

-¿Que le dijiste?

-Le dije –tomó aliento-. Le dije que era una histérica. Una gorda sin gracia. Que no era casualidad que a sus 56 ningún hombre se le hubiese acercado. Que al menos yo no iba a terminar soltera y asqueada como ella.

Le dio una pitada a su cigarrillo y su mirada quebrada por un vestigio de lágrimas fue como una flecha: decidida, fría, se perdió al fondo, traspasó la pared, fue a caer al otro lado de la ciudad. Manuela ya no estaba frente a Celina ni rodeada por desconocidos; se encontraba frente a su tía y su abuela y el perro enfermo gimiendo en un rincón, hacía unos días. Pero al poco estaba de vuelta.

-Ahora ponte a ver las circunstancias, Celi. La abuelita ya está viejita. El *Shampoo* en el proceso de estirar la pata. Yo me largo a Suiza. Y se me ocurre esta payasada contra la pobre Gorda. Soy una animal, me avergüenzo de haber nacido. Esa fue otra decisión que debieron haber tomado mis padres en su momento de

crisis: si ninguno me deseaba, lo más lógico era buscar algún cuchitril, alguna achacosa que me diera el vire.

-Ya Manuela.

-Es así, Celi. Mis padres debieron terminar su crisis con algo de elegancia. Cerrarle el nudo a algo que debía morir y evitar que yo destile impertinencias.

-Ya estuvo, Manuela. Límpiame, que la boca se te chorreó de tanta pendejada –le lanzó la servilleta mientras bebía un poco de su Guinness-. Esperemos un rato. Tal vez Pancho te conteste. O Pao. Vas a ver cómo todo se arregla.

Pero ningún celular sonó el resto de la madrugada, y ambas abandonaron el bar a las dos y media.

\*\*\*

Daban las tres cuando cruzaron el umbral de la casa de Celina. Entraron con especial sigilo y, entre las tinieblas de la sala Manuela preguntó por un bolígrafo y una hoja en blanco.

-¿Otra declaración de amor? –Celina le alargaba un lápiz, una página inmaculada, y le encendía la luz de una pequeña lámpara junto a la mesa del comedor –Voy al cuarto, pero vuelvo en diez minutos. Tenemos que hablar de los trotes mañaneros.

-Por mí podríamos empezar a buscar los tiquetes del partido desde las siete. Estoy con ánimo de hacer jornada única.

-Traigo una película entonces.

-Si quieres, Celi, pasamos visitándole al guayaco Mendoza –insinuó sin mirarla como quien ofrece una retribución vergonzante.

La otra negó con un gesto de fastidio antes de desaparecer en su habitación. Manuela tomó el lápiz, dispuesta a escribir algo para la Gorda. Era la segunda disculpa en papel que componía en su vida. La primera estaba aún en el bolsillo, en una servilleta.

Tras un cuarto de hora el texto estaba terminado y Celina aún no aparecía. Manuela se acercó quedamente a la habitación. Ella dormía de costado, apresando

con las dos palmas la almohada, aún con la ropa puesta. Manuela susurró dos veces su nombre. Como solo le contestó el silencio, se alejó cuidadosamente. En la sala tomó su chaqueta antes de dar comienzo a una caminata de más de una hora.

\*\*\*

Intuyó que *Shampoo* no estaría del todo recuperado pues cerró la puerta tras de sí y el perro no apareció para la clásica bienvenida de gemidos y saltos. Habría querido susurrar su nombre, pero prefirió no arrancar a nadie de sus sueños. Ni su abuela ni su tía la esperaban, y eso le produjo cierto dolor. Aquella casa que había sido su hogar desde siempre, ahora estaba envuelta en una calma oscura, intimidante, como de mausoleo. Cuando antes ella aparecía de madrugada tras una fiesta, solía encontrar a la Gorda leyendo Paulo Coelho (excusa para saber si llegaba en buen estado; siempre dispuesta a prepararle un poco de comida; siempre dispuesta, en caso de resaca, a incluir en la mesita de noche una jarra y dos aspirinas). Ahora Manuela se sentía más desolada que nunca y se preguntó si así de penoso sería Suiza: arreglárselas sin ella, sin la Gorda. Solitaria, como una verdadera adulta. Hubo un sentimiento de libertad, pero también de profunda desdicha.

Abandonó su chaqueta en el colgador y, ya en su propia sala, se dio cuenta de que la canasta donde dormía el perro no estaba a la vista. Sintió una oleada fría en el tórax y aspiró profundamente. El lugar estaba quieto, lóbrego, con excepción de una vela a lado de la ventana, en una de las repisas. Se acercó: el vacilante fuego hacía guardia a una foto de la Gorda junto a *Shampoo*. Manuela tomó la imagen con los dedos y le dio la vuelta.: una inscripción en bolígrafo negro decía *A Shampoo (1999 – 2008). Nunca te olvidaremos*. Si Paola hubiera leído el texto, su lengua no habría parado de acribillar ironías y salvajismos. Era una destacada especialista en rebajar sentimientos, en humillar la ternura, en demoler cualquier lágrima que no fuera fruto de la hilaridad. Solo Celina hubiese comprendido a Manuela en ese momento.

Fue a la cocina. Quería dar un golpe de efecto, preparar el desayuno para su abuela y la Gorda. La mermelada de guayaba era la preferida de su tía, así que se

encargaría de untársela en pan blanco suave y, por añadidura, hacerle unas buenas tostadas. Abrió el refrigerador y comenzó a extraer el queso, la leche y el jugo. En algún lugar había servilletas de papel con un diseño festivo: las usaría para la ocasión. Miró el reloj: eran casi las cinco. En poco más de una hora todos estarían de pie, incluso la abuela, pájaro madrugador. Sintonzó quedamente la radio y tomó asiento mientras con agilidad disponía de los productos sobre la mesa. Una canción de los ochenta invadió la cocina. Agradecida, Manuela cerró los ojos dispuesta a atender por unos segundos a la cantante y a aquel meloso eclipse total del corazón.

Aún tenía que llenar de jugo los vasos. Poner el mantel de las grandes ocasiones. Encontrar las servilletas de la navidad pasada. Pero el cansancio la agredió con una mancuerna abandonándola en la silla, con la cabeza echada al mismo tiempo hacia atrás y de lado. Las manos sobre la mesa. El cuchillo en la diestra todavía con rastros de mermelada y medio sostenido por sus dedos. Así la encontró la Gorda, a las seis de la mañana. Sonrió conmovida, y la luz matinal le descubrió algo cristalino en los ojos. Le puso cuidadosamente una manta, sin animarse a despertarla. No podía saber que su sobrina soñaba en una casa con jardín (nunca habían tenido algo similar) donde se preparaba una parrillada. Parecía domingo. *Era* domingo. Manuela se veía en su edad actual, pero jugaba con *Shampoo* con emoción infantil, con gusto, como si no tuviera más de ocho. Nada sino ellos era importante, nadie más se colaba en la imagen, ni siquiera la abuela, ni la Pao ni la Celi. Y la Gorda preparaba la carne. La había aliñado y ahora la asaba. Esa mujer alta y maciza como un armario, de gafas gruesas y rostro porcino, era su padre y su madre.